

TRES NOVELAS DEL SIGLO XIX:  
ASTUCIA,  
LOS BANDIDOS DE RIO FRIO Y  
EL ZARCO.

HELEN YEATS

1948

**TESIS CON  
FALLA DE ORIGEN**



## **UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso**

### **DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TRES NOVELAS DEL SIGLO XIX:  
ASTUCIA,  
LOS BANDIDOS DE RIO FRIO Y  
EL ZARCO.

✦

TESIS PRESENTADA PARA OPTAR EL  
GRADO DE DOCTORA EN LETRAS EN  
LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LE-  
TRAS DE LA UNIVERSIDAD NACIO-  
NAL AUTONOMA DE MEXICO. - - - -

✦

HELEN YEATS

1948

*A los lectores,  
pocos, pero escogidos.*

## UN ESTUDIO DE ASTUCIA, LOS BANDIDOS DE RIO FRIO Y EL ZARCO.

- 1.—El comienzo de la novela mexicana.
- 2.—Un resumen de la historia que produjo la república.
- 3.—El porqué de la novela costumbrista.
- 4.—Manuel Payno y Los Bandidos de Río Frío.
- 5.—Luis G. Inclán y Astucia.
- 6.—Ignacio M. Altamirano y El Zarco.
- 7.—Las costumbres y condiciones presentadas en estas tres novelas.

### CONCLUSIONES

- 8.—Las novelas de hoy, nietos de los de Inclán, Payno y Altamirano.
- 9.—La propaganda del bandido y del charro.
- 10.—Bibliografía.

## CAPITULO I.

## LIBROS

**Amado Nervo.**

Libros, urnas de ideas  
libros, arcas de ensueño;  
libros, flor de la vida  
consciente; coñes místicos  
que custodiáis el pensamiento humano;  
nidos trémulos de alas poderosas  
audaces e invisibles;  
atmósferas del alma;  
intimidad celeste y escondida  
de los altos espíritus. . .

La literatura mexicana comenzó con la prosa cuando los conquistadores escribieron una serie de crónicas que relataban lo que hacían. Siguiéron los dramas religiosos, las artes de las lenguas indígenas, la poesía y ensayos de viajes, pero no apareció la novela en México hasta que esta nación rompió sus relaciones con España y se encontró en libertad de ideas y de sentimiento con un espíritu nacional.

Tarde se inició en la literatura la novela, pero nació con el estilo y la madurez como tenía que nacer el país, sin práctica en el arte de gobernarse. José Joaquín Fernández de Lizardi, "con el valor de Larra y la intención de Cervantes", fué el primero en poner el dedo en las llagas sociales con sus escritos del **Periquillo Sarniento**" (1) Esta fué la primera novela de la literatura mexicana, y, como las que le seguían, presenta un cuadro de las costumbres del pueblo, pero distinta, pues la época que revela es de las postrimerías del virreinato de la Nueva España en vez de la república como los de Payno, Inclán y Altamirano.

Los críticos han estado indecisos del porqué faltaba la novela en la literatura de un país que había escrito cosas literarias por trescientos años. Unos dicen que se debe al despotismo de personas como

el Marqués de Croix que dijo: "Deben saber los vasallos del Rey, de una vez por todas, que nacieron para callar y obedecer y no para discurrir ni opinar sobre los altos asuntos del gobierno." (2) Y así sabemos que el gobierno prohibió escribir sobre asuntos sin la aprobación de los oficiales o recibir los libros del mundo europeo con ideas de libertad de pensamiento.

El papel necesario para escribir obras extensas era escaso y caro, lo cual hizo que, en vez de la prosa, la poesía tuviera más éxito. La poesía sí se había desarrollado con arte y lineza, mientras que la novela había sido ignorada a tal punto que no fué escrita ninguna desde el principio de la época colonial hasta el tiempo de la independencia.

Para juzgar esto, debemos recordar que las revoluciones no les permitieron a los romanos producir obras literarias de mérito sino hasta muy tarde, y la edad de oro de la literatura latina fué cuando estaba la paz con el mundo... o como escribió Ovidio:

Muy mal fluyen los versos si al poeta  
faltan ocio, retiro y mente quieta...

España, en su época de tranquilidad bajo el gobierno de los Reyes Católicos, comenzó a dar los más preciosos frutos de su literatura. Lo mismo pasó con los países de Sudamérica y con los Estados Unidos. Allá tampoco apareció la novela hasta la independencia, y por eso no podemos decir que el nacimiento de la novela fué tardío por culpa de la prohibición de España.

En efecto, la novela nunca florece en las sociedades que no han tenido tiempo para desarrollarse, siendo ésta la expresión del estado de la civilización de un pueblo; o usando las frases de Federico Gamboa: "La novela se desarrolla solamente en las civilizaciones hechas ya, siendo la suprema florecencia de tal civilización." (3) Antes de la independencia no existía el sentimiento patriótico que produce el sello nacionalista, un reflejo de la historia del pueblo. No existía un fondo social, intelectual, o espiritual en la Nueva España para producir obras de la imaginación. No existía un espíritu completamente mexicano hasta que el país se encontró a sí mismo, resultado de haber luchado todos, amalgamando las clases para salvaguardar su libertad y establecer juntos la patria que pertenecía a todo.

La lucha por esta independencia duró muchos años, años en que los pensamientos de los hombres estaban más bien en los campos de batalla que en los de las letras. México había perdido más de trescientas mil almas a consecuencia de la guerra de independencia, hombres que necesitaba; pero a la vez había adquirido un alma, la unidad nacional. (4) La independencia se ganó en 1821, pero hasta después de la mitad del siglo XIX, el país que todavía sufría el desangramiento e intranquilidad, se preparó para el descanso y la delicia de la paz. Siempre con la paz que la nación da a sus habitantes

viene un período de grandeza en la literatura, como también en los negocios y en la sociedad en general .

Pero la paz que obtiene una nación no es suficiente para llenar el corazón y hacer de los mexicanos un pueblo contento. También se necesita la paz que da la sociedad y la paz que viene de sí mismo, asegurándose un interior tranquilo. A fin de obtener esta paz, los escritores se preocuparon por remediar lo malo y aumentar lo bueno. El golpe de las guerras civiles los dejó convulsos, y se pusieron a escribir sobre los dolores y las tribulaciones de su patria. Se produjeron periodistas, oradores, y al final, novelistas. Las necesidades de esta época en relación con las letras se encontraban dirigidas hacia un punto político más bien que novelesco. Con la guerra, dejó de oírse el dulce canto de las musas: el huracán de las pasiones políticas no permitió una disposición favorable para las letras. Los hombres de letras se ocupaban en escribir folletos, leyes y discursos del gobierno, peleando con la pluma y empuñando el fusil durante las guerras. En efecto, la lectura no podía ser popular en las masas, hasta que hubiera más gente con capacidad de entender la palabra escrita.

De los dolorosos problemas del país, hicieron los argumentos, los temores y las inquietudes de sus obras. Por ejemplo, durante la guerra de la independencia el ilustre doctor don José María Cos construyó, con sus propias manos imprentas de madera, e imprimió sus folletos con tinta azul hecha con anilina. (5) Más tarde, el señor General Carlos Pacheco fundó la imprenta en la Secretaría que estaba a su cargo, y ordenó la reimpresión de obras de mérito indisputable, publicando por vez primera libros de los literatos eminentes. Pero en la tierra donde se estableció la primera imprenta en las Américas, los movimientos literarios no recibieron el apoyo del gobierno ni ningún donativo de los ricos para seguir viviendo. Así murieron los esfuerzos apenas nacidos. Aun el escritor liberal don Ignacio M. Altamirano, trató de reimprimir en México sus obras por suscripción, pero fué insuficiente el número de suscriptores para hacerlo. De la **Geografía de las lenguas** de Orozco y Berra sólo se vendieron cinco ejemplares; mientras que los escritores europeos solían hacerse ricos con sus obras literarias. (6)

Para resumir, anotemos que después de la independencia lo que impidió el perfeccionamiento de la literatura, fué la falta de tranquilidad en el ánimo de las gentes, la falta de protección a las bellas letras por parte del gobierno, de los contribuyentes y del público en general, y la falta de una crítica imparcial e ilustrada. Esto último siempre causa gran pena, porque cuando se da con autores tímidos, se retraen y no escriben. Cuando se ataca a los hombres animosos, devuelven injuria por injuria y suelen contestar a puñetazos, y aun a estocadas. La crítica hiela mucho entusiasmo. (7)

En esta época don Ignacio M. Altamirano vió la necesidad de animar a los hombres de letras e instó a todos "cualesquiera que

fuesen sus principios políticos, a sofocar rencores, a iniciar una reconciliación general y a hacer brotar el amor a los libros, el amor a la patria común, ofreciéndoles que de la unión y la fraternidad había de obtenerse el rápido impulso del país, del progreso material y moral, y por ende, su verdadera grandeza. (8) Agregaba: "Ellos presiden, ellos mandan en esa pequeña república en que no se concede el mando a la fuerza, ni a la intriga, ni al dinero, sino al talento, a la grandeza de alma, a la honradez." (9) Se aplicó al empeño de conseguir un renacimiento intelectual por sobre los estragos de la muerte y de la ruina, convirtiéndose en el guía de las letras mexicanas y en el iniciador intrépido de campos variados: la cátedra, el periódico, la política, la novela, la oratoria, la poesía y las sociedades literarias. Nadie podía regatearle la esperanza de un renacimiento de esfuerzo, contra la decaída literatura de aquel momento. Inspiró a la juventud y colaboró con escritores ya conocidos. En México no faltaba nunca algo pintoresco para inspirar a los escritores. Abundan distintos caracteres de raza, de tradición, de costumbres, de idiosincrasia y, pese a todo esto, de una individualidad y una nacionalidad propia.

Así despertó el entusiasmo por lo bello y el nuevo interés en la novela que estableció Lizardi, entusiasmo e interés que murieron por las luchas políticas. Y de las novelas que nacieron para nunca morir, quisiera escoger tres, y analizarlas.

- 1.—Cuéllar, José T. de, "La literatura mexicana" en *El Artista*, tomo III, p. 211.
- 2.—Robles, José, *Causas de la independencia de México y de la América Española en general*, tesis, México, 1932, p. 67.
- 3.—Gamboa, Federico, *La Novela Mexicana*, Gómez de la Puente, Méx. 1914, p. 6.
- 4.—Sierra, Justo, *Evolución Política del Pueblo Mexicano*, México, 1940, p. 409.
- 5.—González Obregón, Luis, *Apuntes para la historia del periodismo en México*, en "Revista Nacional de Letras y Ciencias", tomo III, 1890, p. 326.
- 6.—Pimentel, Francisco, *Literatura Mexicana* en "Revista Nacional de Letras y Ciencias", tomo III, México, 1890, pp. 98-99.
- 7.—Ibid, p. 100.
- 8.—Acevedo Escobedo, Antonio, prólogo de *Aires de México*, Selecciones de Altamirano, Ediciones de la Universidad Nacional de México, 1940, pp. XI-XII.
- 9.—Altamirano, Ignacio M., *Aires de México*, citado, p. 6.

**CAPITULO II.**

**EL FONDO HISTORICO.**

Puesto que la novela que se inició en la literatura mexicana tomó su forma y estilo en los recuerdos de la historia y las costumbres del pueblo, creo imposible hacer un estudio de estas novelas sin comprender antes un poco de esta historia que produjo la obra literaria. Por eso, me detengo ahora para echar una ojeada hacia la época de la independencia y a los gobiernos que la siguieron.

Antes de la llegada de los españoles, los indios vivían sufriendo explotaciones por parte de otras tribus que los conquistaron, los dominaron, los agobiaron con impuestos, los obligaron a trabajar o a luchar, y casi los exterminaron. Estas condiciones no mejoraron con la conquista. Solamente cambiaron los amos y continuó la obra destructora con poca justicia social y ninguna oportunidad para la mayoría. No solamente era eso la verdad en cuanto a los españoles que se creían estar aquí por disposición de Dios, que les obsequiaba poder y privilegios, sino también por lo que toca a los mismos caciques que gobernaban sus tribus en las aldeas.

Tales condiciones dieron al pobre indio resistencia, física y moral. Sabían sufrir en silencio; pero no les quitaron su amor a la vida, su deseo de poseer también algo con que ganar el sustento sin patrones ni jefes, un pedazo de tierra como antes tenían, hasta una casa y quizá un lecho; en efecto, un poco de felicidad y de independencia. Pero esto no sucedió en los trescientos años de existencia de Nueva España ni en los cien años siguientes de gobierno totalmente mexicano. Y no hubo época en que alguien no notara la injusta condición de los humildes, y trataran de mejorarla. Citamos como ejemplos a Bartolomé de las Casas, Motolinia, Bernardino de Sahagún, José de Acosta, Jerónimo de Mendieta, Cervantes de Salazar, Francisco Javier Clavijero, Andrés Calvo, Servando Teresa de Mier, e Ignacio Allende. Unos de ellos escribieron cartas a España pidiendo más protección para el indio, el mestizo, y el criollo. El padre Hidalgo ayudó, estableciendo fábricas de loza y de telas, enseñándoles la cría de abejas y del gusano de seda, y dándoles plantas para cultivar yñedos.

Las condiciones llegaron a un grado tal, que se volvieron intolerables. En este caso no había otra cosa que hacer más que luchar para obtener la libertad; libertad de vivir, de comer, de pensar y aún de hablar. Por lo general, las personas que inician tal movimiento se llaman rebeldes. El tiempo decide si son bandidos o héroes. Nuestros héroes Hidalgo y Morelos fueron para los realistas, rebeldes, y la iglesia excomulgó a Hidalgo y fué la responsable de la ejecución de Morelos. El tiempo cambió esta opinión porque salieron victoriosos con sus ideas de libertad. Si hubiera sido el reverso, la estatua de la Libertad en la Reforma, tendría otras cenizas que venerar.

Del Grito de Dolores nació la lucha física para la independencia. Quizá la gente humilde no entendía el porqué y sus efectos, pero sabían que su vida no podía ser peor, y que no podían perder más que una vida miserable, que en el futuro siempre habría esperanza. Estaban acostumbrados por años, aun por siglos, a seguir a sus caciques en las batallas. No solamente peleó el indio para sí mismo; el criollo luchó cansado de tener la misma sangre, a veces la misma educación, y dinero del mismo país, sin el privilegio de servir a la patria, desempeñando cargos de respeto y de prestigio en el gobierno. Y el mestizo luchó, envenenado por tener en sus venas sangre de las dos razas sin ser aceptado por ninguna. Había sublevados, había traidores, había héroes casi santos. Sabemos que no todos los hombres que se sumaron a la revolución eran almas angélicas, insensibles a las tentaciones y a los abusos de la fuerza. Junto al idealista y al visionario, siempre irá el que aprovecha el río revuelto. Eso es lo humano y lo inevitable. Pero de la trascendencia de un movimiento revolucionario no se puede juzgar, por un crimen, la condición moral y sentimental de los hombres que la representaban y dirigían. Había tristezas como en toda guerra, sufrimiento, hambre, ambición; pero por vez primera el país se encontró unido con un solo deseo, con una sola fe, con una sola patria. Y por vez primera la sangre se mezcló sin pensamiento de raza ni de clase social, pero lastimosamente, mucho se mezcló fuera del cuerpo humano, corriendo por los montes y limpiando los valles.

El padre Morelos también sumó sus fuerzas a la lucha, y siguieron cuatro años sangrientos. En 1812 España dió a México una nueva constitución con ciertos poderes a la gente de Nueva España más accesibles a los deseos de la asamblea y de la libertad de imprenta.

Pero la independencia nacional dejó a México tan esclavo como antes. Los mexicanos ya tenían poderes sin saber manejarlos. Nunca antes habían tenido el privilegio de gobernarse a sí mismos y, ya con este derecho y deber, no sabían qué hacer sino seguir como sus maestros, gozando del poder y olvidando el porqué de la lucha.

Pero con cada agitación llegamos más cerca de una igualdad para todos. Ya había despertado la conciencia nacional y republicana.

Agustín de Iturbide, coronel de los ejércitos de España, mandaba ejecutar sin piedad a numerosas personas de ambos sexos. El mismo fué acusado de robos y crímenes y de traicionar al ejército Real. Llegó a ser no solamente un soldado importante de la revolución, sino el primero en gobernar con ambiciones imperiales a un país que quería ser una república. Duró solamente once meses su imperio, agotado por sus propias ambiciones. Pero el sentimiento del pueblo, no preparado aun para la democracia, siguió siendo monárquico por cien años. El caudillo popular era en el siglo XIX la dictadura presidencial. Según Trejo Lerdo de Tejada, de setenta y dos gobiernos sólo doce tuvieron un origen legal. Los restantes se adueñaron del poder siguiendo el procedimiento del cuartelazo, y los legítimos no fueron sino dictaduras más o menos declaradas. Esto no significa que fueran malos, sino que solamente un hombre de fuerza podía manejar la patria como entonces era.

Quien quitó el poder al emperador Iturbide fué el general Antonio López de Santa Ana; y la causa: la codicia de llegar a ser capitán general de las regiones de Puebla, Veracruz y Oaxaca. Por esta causa llegó la independencia, y por esto mismo México llegó a ser lo que es ahora: una república. Nueve veces fué Santa Ana el presidente de esta república y casi otras tantas fué desterrado. Sacrificó el honor de su patria al reducirla en dos terceras partes del territorio. Perdió hombres importantes, enemigos de su tiranía, en sus guerras y en sus cárceles.

Llegó la Reforma y la constitución de 1857, obra magna de Benito Juárez, el primer presidente de sangre india. Luchó contra los franceses, contra el imperio de Maximiliano, cuyo fusilamiento cerró para siempre a la nobleza europea los caminos de América. Quería emancipar al indio económicamente, restituyéndole las tierras que siempre fueron suyas, que eran su herencia, su trabajo y su vida.

Pero esta obra cayó con la dictadura de Porfirio Díaz, quien conservó el poder durante treinta años.

Por muchos años la paz reinó, sostenida por las armas. El capital y la inmigración fueron bien recibidos por el gobierno. Las ciudades crecían y se mejoraban los medios de comunicación.

Vino la época de otra revolución y otras novelas costumbristas, copiadas como nietas de la primera época. Y así nació y renació la república mexicana, concebida por tristezas a la mitad de la tragedia. (1)

En resumen: durante los cien años que mis novelas dibujan, México se hizo independiente de España, padeció cuatro sangrientas guerras civiles, combatió las invasiones norteamericana y francesa, y luchó contra el segundo imperio. La patria vivía en medio de constantes agitaciones sin perder su vigor ni su fe. No faltaron hombres, luchas, agitaciones, ni material de pensamiento para los escritores.

El lector perdonará que pinte la parte trágica y sombría de la historia de México, pero mi objeto es dar un bosquejo de tres mil

páginas de bandidaje, sacadas de las novelas que a continuación se expresa: **Los Bandidos de Río Frío, Astucia y El Zarco.**

---

(1) Gamboa de Camino, Berta, "Novel of Mexican Revolution", en *Renascent Mexico* por Herring and Wienstock, Conici-Friede, N. Y. 1935, p. 258.

**CAPITULO III.**

**LAS NOVELAS COSTUMBRISTAS**

Nada instruye tanto al hombre acerca de la idiosincracia de un pueblo como la novela. Se percata de nuestras virtudes y de nuestros vicios, y se llena con nuestros sentimientos más importantes, tales como la caridad, el amor filial, el perdón a las injurias, la cortesía, el amor al terruño, el patriotismo, la religiosidad, y la inclinación a la música y a la poesía.

La novela es el monumento literario del siglo XIX en México. Volvió a ser popular en la segunda mitad de este siglo, porque el público estaba cansado de las discusiones políticas y de buena gana y con entusiasmo recibió los estudios históricos y la literatura de costumbres.

Alberto Lista en su definición de la novela escribió: "¿Qué es una novela sino una epopeya escrita en prosa, con su protagonista, sus descripciones, su moral y sus sentencias?" (1).

La valoración de la experiencia humana y el juicio de los méritos de los valores humanos en los novelistas mexicanos merecen alabanza. Hondas preocupaciones se habían expresado para formar la literatura propia de este país. Para los autores esto llegó a ser una misión patriótica del más alto interés. Se analizaban y se perseguían los conflictos íntimos.

La novela histórica procura la recreación y la interpretación de los caracteres, los movimientos o las condiciones de una época ya pasada. Les infunde nueva vida, permitiendo que se muevan, hablen, amen, odien, y sientan otra vez las pasiones de antaño. Resucita no solamente los caracteres sino también el ambiente. Es de notarse que casi todas las grandes novelas del mundo han tenido este fondo histórico.

Las tres novelas que he escogido toman su fondo en la historia personal de los autores. Son novelas de reflexión, hechas en sus años de madurez, valorizando su pasado y pintándolo con gloria, justicia y cariño. Bastante tiempo había pasado para que llegara el olvido cuando se dieron a escribir, pero sus impresiones subsistían. Las de la niñez y de la juventud resisten al tiempo, a los dolores

y a las convulsiones de la vida, y todo esto es verdad, especialmente si el autor se encuentra fuera de su país con la nostalgia de verla aún en sus propias memorias como Payno lo hizo en Francia, como Inclán lo hizo en la ciudad echando menos la vida del campo, y como lo hizo Altamirano al final de su vida, pese a que no haya escrito **El Zarco** en sus últimos días.

Leyendo la novela podemos convivir con la sociedad, ver y palpar su modo de ser. Llegamos a conocer una multitud de costumbres de antaño de las que, en muchas ocasiones, calla la historia, y así no quedan perdidas para la posteridad.

Payno, Inclán y Altamirano, los autores de mis tres novelas, eran hombres nacidos en tiempos de guerra; y aleccionados por lo que habían visto, tenían bastante de qué escribir. Describían las costumbres de su época teniendo en la mente al hombre del pueblo.

Por sus obras desfilaron todos los tipos del país con sus peculiares formas de expresión y vida, y a cada cual el autor dió vida y energía propia.

Altamirano, para animar a sus contemporáneos a hacer popular la literatura mexicana dijo: "Nuestras guerras de independencia germinan actos heroicos y terribles dramas. Nuestras guerras civiles son ricas en episodios y notables por sus resultados. Las guerras civiles que han sacado a luz a tantos varones insignes y a tantos monstruos, que han producido tantas acciones ilustres y tantos crímenes, no han sido todavía recogidas por la historia ni por la leyenda.

"Nuestra era republicana se presenta a los ojos del observador, interesantísima con sus dictadores y sus víctimas, sus prisiones sombrías, sus cadalsos, su corrupción, su pueblo agitado y turbulento, sus grandezas y sus miserias, sus desengaños y sus esperanzas." (2)

En otros países del mundo ya era popular la novela costumbrista. Es de notarse que Payno, Inclán y Altamirano conocían las ideas y estilos de Rosseau, Washington Irving, Mesonero Romonos, Mariano José de Larra y otros, unos traducidos, otros en el original. Pero el sentimiento que le dieron los autores de este país de la eterna primavera es extraordinario y totalmente mexicano. Estos literatos habían visto el sufrimiento de la patria que dió a su forma un romántico sabor a realidad; la verdad en forma artística.

Anotemos que **Los Bandidos de Río Frío**, **Astucia**, y **El Zarco** tienen un valor indudable para el estudio de la historia. Tienen importancia por la grandeza de su color local, dominado por la ternura, nacido de incidentes actuales, produciendo emotividad y fuerza. Al través del drama corre su buen humor para aleccionarnos y divertirnos.

**Astucia** y **Los Bandidos** tienen argumentos sinfín con un sin número de caracteres sentimentales. Las tres novelas desenvuelven en un ambiente auténtico, uniendo cada novela a la tierra que

le dió nacimiento. Parece que la esperanza de cada autor es engrandecer sus caracteres y sus situaciones, en este realismo exagerado, mostrar la necesidad de un cambio en cuanto a las ideas sociales y la protección de gobierno para sus distintas clases. Además con gran valor dan ideas psicológicas del pueblo.

Altamirano vió la importancia de su época y la falta de interés por darla a conocer. "La novela" —escribía— es indudablemente la producción literaria que se ve con más gusto por el público. . . . ocupa un rango superior. Debe, aunque revestida con las galas y atractivos de la fantasía, apartar sus disfraces y buscar en el fondo de ella el hecho histórico, el estudio moral, la doctrina política, el estudio social, la predicación de un partido o de una secta religiosa: en fin, una intención profundamente filosófica y trascendental en las sociedades modernas." (3)

---

1.—Blanco García, P. Francisco, *La Literatura en el siglo XIX* (Española); tercera edición, Jubera, Madrid, 1909, p. 400.

2.—Altamirano Ignacio M., "Obras", en *Biblioteca de Autores Mexicanos*, tomo 21, Edit. Agüeros, México, 1899, pp. 363-364.

3.—Ibid, p. 370.

**CAPITULO IV.**

**Payno — Los Bandidos de Río Frío.**

Manuel Payno nació en la ciudad de México el 21 de junio de 1810. Terminados sus estudios, trabajó como meritorio en la Aduana y desde esta fecha figuró en la política. Fué contador en la Aduana de Matamoros, secretario del general Arista con grado de teniente coronel, jefe de la sección de la Secretaría de Guerra, administrador general de la Renta Estancada del Tabaco, secretario de la legión en la América del Sur, Secretario de Hacienda, diputado al Congreso y Cónsul en Europa. En 1894 se retiró a su lugar predilecto, San Angel, para descansar.

Durante su vida larga y útil, tuvo el privilegio de viajar y conocer los gobiernos de distintos países. Hizo un viaje a Francia e Inglaterra en 1842. Dos años más tarde, Santa Ana le envió a Nueva York y Filadefia con el fin de que estudiara allá el sistema penitenciario. En 1882 fué a París como agente de colonización, y en 1886 fué nombrado cónsul, primero en Santander y luego en Barcelona. Allá permaneció cinco años, y durante esta época recorrió Europa para mejorar de salud, por placer y por instrucción. Basándose en estos viajes escribió sus memorias y observaciones, las cuales publicó, revelando las costumbres y el paisaje de los distintos países que había visitado. Además conoció su propia patria y escribió sobre ella.

Hizo una visita a Monterrey cuando el viajar no era ni popular ni seguro, y publicó un artículo describiendo el panorama para dar idea de la belleza de este pueblo del interior. Estableció un servicio secreto de correos en Veracruz durante la ocupación del puerto por las tropas norteamericanas. Combatió con guerrillas en el camino de Puebla; hizo un viaje a Campeche. Cruzó su república de norte a sur, y su mente era como una cámara fotográfica para fijar impresiones de la gente y paisajes que conoció, y su manera de hablar, pensar y vivir y sus impresiones de las obras. Escribió artículos de sus experiencias y conocimientos, entre los cuales recuerdo por su interés descriptivo **"La cascada de la Orduña"**,

su observación de la obra del arquitecto **Don Francisco Eduardo Tres-Guerras** y **Viaje sentimental a Sn. Angel**; por su habilidad narrativa, **Los Primeros Tiempos de la Libertad Mexicana**.

Prestó servicios a la patria, a la educación y a la literatura mexicana. Fué profesor de Historia Patria y escribió un texto de Historia de México para las escuelas primarias. Escribió también algunos estudios, biografías, tradiciones, cuentos, historias y novelas. Unos de sus cuentos escogidos se llaman: **Un doctor, Alberto y Teresa, Amor Secreto y la Aventura de un Veterano**.

Como novelista se hizo famoso con **El fistol del diablo** que, según Allamirano, es la primera novela "larga" que se publicó en México después de Lizardi. Fué impreso en series en la **Revista Nacional de Letras y Ciencias en 1845 y 1846**. Su segunda, publicada en 1861, **El hombre de la situación**, es novela costumbrista y menos conocida. En 1888, cuarenta y tres años después de escribir su primera novela y durante su estancia en Nueva España, Payno escribió su tercera y mejor obra, inspirado por la nostalgia y los recuerdos de su México distante. Esta lleva el título de **Los bandidos de Río Frío**, y es la novela de mi estudio. En ella, de vez en vez Payno defiende su narración para insertar algunos ensayos. El mismo habla de su estilo y de su objeto al escribirla.

Publicóla en Barcelona con el pseudónimo de "Un ingenio de la Corte", después de haber empleado tres años en escribirla; tres años en que el pensamiento le trasladó a la patria para aliviar su nostalgia.

"No escribo novelas que puedan compararse en interés y mérito con obras francesas, inglesas o españolas; esas tienen un valor literario que estoy muy lejos de pretender. Escribo escenas de la vida real y positiva de mi país, cuadros menos bien o menos mal trazados de costumbres que van desapareciendo, de retratos de personas que ya murieron, de edificios que han sido derrumbados; son una especie de bosquejos de lo que ha pasado que se ligan más o menos con lo que pasa al presente. Si así sale una novela, tanto mejor; si agrada ese es mi deseo. . . y si por ello me conocen un poco más, me sería indiferente si no deseara dejar a mis hijos algo de herencia moral, ya que la suerte me hizo nacer en medio del trabajo y de las penas y no en la canastilla de los pesos del Aguila y las onzas de oro" (1)

Que no son relatos de su imaginación lo repite varias veces: "Los personajes no han sido inventados, sino de carne y hueso. . . voy presentando sucesivamente al lector familias de personas que sabe Dios". (2)

Ocupaban más la mente y el corazón de Payno los problemas sociales de México. Debido al tanto leer y mucho viajar para conocer

las opiniones y prácticas de otros países, era Payno cosmopolita en sus ideas y casi infalible en sus diagnósticos de los defectos que existían en esta nueva república.

Payno no se preocupaba por moralizar al escribir **Los bandidos de Río Frío**, pero sí dió un análisis franco, satírico, con la insistencia de que el público empleara como guía en los asuntos sociales y políticos su juicio intelectual. Criticó a algunos políticos y sus prácticas. Retrató a la policía y al ejército con todos sus defectos. Describió las trampas del albur en las casas de juego, las molestias de los bandidos en los caminos, y con un concepto avanzado en criminología pinceló con pormenores las cárceles y el hospicio de pobres.

Estos relatos son totalmente impersonales, escritos con cierto cinismo pero no, como "El Pensador" lo hace, para moralizar. La impersonalidad en su crítica aumenta la autenticidad de sus cuadros y hace de él uno de los primeros censores realísticos de los problemas sociales. Sin embargo, tal sistema de escribir tiene sus limitaciones en cuanto a los esfuerzos emotivos del argumento y las pasiones de sus caracteres.

Con los ojos de la memoria despliega para nosotros el panorama de la vida en México. Desfilan los tipos de todas las clases sociales, de todos los ambientes y de todas las ocasiones imaginativas.

Sus descripciones y desarrollo de distintos tipos de caracteres son excelentes. Tienen toques realísticas en sus diálogos, sus descripciones y sus personajes. El lenguaje que emplea es pintoresco. Sus ideas son floridas, amenas y escogidas: el gusto en las escenas de amor y en los tipos revela al hombre fino que frecuenta la mejor sociedad, un hombre de sensibilidad y ternura, un hombre de mundo.

Tiene su mérito en el costumbrismo y en la historia de su época. Jiménez Rueda dice de él: "La naturalidad misma con que escribe es uno de sus mayores encantos. Pone, además, una nota de humorismo agradable que hace de él conversador excelente." (3)

Sus defectos son los comunes a las obras de su época. En su forma faltan experiencia y disciplina, herencia de la juventud de la nación. Carece de unidad, la cual es imposible de obtener sin reducir su material. El argumento es demasiado largo y complicado; tiene suficiente material para media docena de novelas. Estos diferentes cuentos, hilados por temas filosóficos y didácticos, dejan que lo presente robe interés mientras los demás quedan en olvido. Les falta concisión y brevedad.

Al final del tomo II escribió el autor: "Termino, a Dios gracias, la inacabable novela de **Los bandidos de Río Frío**, Hotel de Rhin, Dieppe Julio de 1891". Es una novela de 1991 páginas, y esta lectora como el escritor, suspiró las mismas palabras, cambiando solamente el lugar y la fecha al terminarla. Por ella desfilan sin cesar los personajes conocidos en la sociedad de aquel entonces.

Mucho de su contenido se liga a sus experiencias en los asuntos políticos y, como dijo él mismo, muchas de sus figuras son ver-

daderos retratos de personas de la época que lleva Payno al libro con pormenores históricos.

Un crimen, célebre en los anales de la historia mexicana, forma el argumento de la obra. Es el cuento de las aventuras y desaventuras del Coronel Juan Yáñez y otros hombres de la sociedad prominente. Payno en el prólogo escribió:

"De los recuerdos de esta triste historia y de diversos datos incompletos, se ha formado el fondo de esta novela, pero ha debido aprovecharse la oportunidad para dar una especie de paseo por en medio de una sociedad que ha desaparecido en parte, haciendo de ella si no pinturas acabadas, al menos bocetos de cuadros sociales que parecerán hoy tal vez raros y extraños, pues que las costumbres en todas las clases se han modificado de tal manera, que puede decirse sin exageración que desde la mitad de este siglo a lo que va corrido de él, México, hasta en sus edificios es otra cosa distinta de lo que era en 1810". (4)

Además del militar Yáñez, se nos presentan otros personajes históricos: Santa Ana, Cordornui, José Joaquín Pesado, Ignacio Cubas, Bernardo Couto, Manuel Escandón, José Villar, el Lic. Zea, Lamprilla, Rodríguez de San Gabriel, el conde de San Diego del Saúz, el conde de San Pedro del Alamo y el marqués de Vaile Alegre. Luis González Obregón ha hecho un estudio sobre los personajes reales de esta novela que aparece como estudio final en la edición de la Moderna, México, 1919.

Utiliza Payno sus experiencias en Monterrey para desarrollar las dificultades y los combates con los comanches. En una visita que hizo a una hacienda vió algo de las peleas contra estos indios bárbaros.

Conoció bien el rumbo de Puebla y los lugares escogidos por los bandidos para asaltar las diligencias porque combatió Payno con las guerrillas en el camino a esta ciudad.

Criticó la economía de la clase media y los sistemas penales, puesto que era un experto en estos dos asuntos. Introdujo economías como Secretario de Hacienda y arregló la deuda de la nación, reduciendo sus intereses.

Describió San Angel, su lugar predilecto, en donde se retiró y murió.

Conoció y estimó los caballos finos, y era capaz de pintar de un modo realista las fiestas del campo y los deportes de los vaqueros.

En sus años de servicio político conoció a numerosos abogados, y sus años de servicio militar le dieron conocimientos tales como los de escoger sus soldados, darles alimentación y prepararles para el combate.

Era un experto del arte culinario. "Fidel" dijo de él que:

"Su buen decir, su amabilidad y talento, le abrían campo en la buena sociedad. Disponía tertulias y paseos con jóvenes de buen tono de su tiempo. Era citado como el adorno de las reuniones selectas. La ópera era una de sus delicias. . . para todos los juegos tenía Payno rara aptitud: billar, albures, baraja. . . y se desvivía por acompañar a sus amigos en saraos y días de campo, bailes y correrías de rancho". (5)

Así que realmente, la vida y la sociedad que describió en **Los bandidos** era la vida y la gente que conoció. Su arte consiste en el realismo nítido de numerosos fragmentos o episodios que forman un panorama inolvidable de la vida en México a principios del siglo XIX.

Sus caracteres, unos originales y otros reales, son todos tipos naturales, vivos, verosímiles. Los pintó en detalle y sacó de su experiencia los patrones y las acciones psicológicas. Estudiando, por ejemplo, el carácter original de Evaristo, noté el desarrollo completo y loable, originales de Payno. Cuando introduce primeramente a Evaristo lo presenta como un pobre y semihonesto artesano, amante de Casilda. La envidia y una serie de injusticias sociales le despertaron deseos de rapiña que bien pronto llegaron a gobernar todos sus actos. En un principio sus deseos de venganza los dirigió solamente contra los opresores, pero al poco tiempo todo el mundo era su enemigo. Perdió toda la gratitud que había sentido por su fiel compañera y pensó deshacerse de ella, ahogándola en el canal mientras lavaba su ropa. Pero al reflexionar se dió cuenta de que tendría un castigo seguro, y decidió actuar con más astucia, llevando a cabo un plan más sencillo que los hombres del pueblo llamaban "quererla y aburrirla". El plan consistía en pegarle muy a menudo, negarle la comida y la compañía hasta que, aburrida, lo abandonara.

Casilda trabajó, queriendo ayudarlo; vendió su ropa y soportó todas sus crueldades. Una noche en que llegó borracho, le pegó hasta hacerla perder el sentido, y, creyéndola muerta, conoció el juicio hondo de vergüenza, de confusión, de remordimiento. Sintió la turbación de lo bueno que le quedó en su corazón, pero poco después sus pensamientos le condujeron hacia Tules, la ahijada de la condesa, y dejó que volviera en sí su amante y perderse en la obscuridad de la noche de invierno para nunca más volver. Creyó que casándose con Tules ganaría prestigio y colocación, y así hizo con tal boda, pero perdió a la que le entendía y le quería y se halló casado con una que no pudo comprender. Era una muchacha refinada que no podía acostumbrarse a su brutalidad. Odió Evaristo su carácter superior y frente a ella se le hizo bruto, para compensar por un terrible complejo de inferioridad. Las cosas llegaron a su fin la noche en que, borracho, llegó a su casa y por una nimiedad asesinó a la esposa. Al volver en sí y darse cuenta del crimen que había cometido, trató de justificar las manchas de sangre que había en su traje; mató

a una cabritilla y la convirtió en chuletas. Ya todo lo bueno que había en el hombre, quedaba muerto. Era víctima de un medio ambiente malsano que le dejó sin valor para la humanidad. Quiso huír de sí mismo y se fué al campo, pero la inquietud no está en el campo ni en la ciudad sino en el corazón. Desesperado se convirtió en bandidero y, creyendo ser muy listo, prestó sus servicios al gobierno como jefe de los rurales; así gozó de una vida doble y burló a la ley. De nuevo pensó en casarse para tener a alguien que lo cuidara, pero fracasó en su intento. En adelante culpó a Casilda de toda su vida siniestra y de no ser hombre bueno, por no haberse querido casar con él. Al final llegó a ser esclavo de los que sabían los secretos de su pasado y murió fusilado, víctima de su codicia y maldad.

Así como hizo Payno retratos fieles de sus personajes, los hizo también en las descripciones del paisaje, del canal de la viga y de los edificios que se hallaban en sus orillas, algunos de ellos muy antiguos por haber sido construidos durante la época de la colonia. Describió las canoas llenas de frutas, legumbres y flores; los estanquillos; las tocinerías con las salchichas y chiles colgando del techo; el ruido que produce el tocino al freírse; las pulquerías y los frescos pintados en las paredes; los borrachos, sus pasiones y sus peleas. Con Payno acompañamos a los carboneros a sus tiendas, los arrieros a los mesones. Viajamos en las diligencias que vuelan por las montañas para no llegar tarde a la ciudad y así no tener que pagar multa a los cocheros. Jugamos a la baraja, trabajamos en las carpinterías, peleamos en las guerras civiles y asistimos a fiestas y días de campo. Nos reunimos en las tertulias con gente selecta, entramos en las oficinas del presidente y visitamos las haciendas. Contemplamos los volcanes y el cerro de Guadalupe. Conocemos los productos de cada región, reunidos todos en la feria de San Juan de los Lagos. En efecto, vemos pormenorizadamente al México antiguo, sus problemas, su psicología, su historia y sus costumbres en una forma más agradable y más detallada y rica que cualquier estudio que la historia pudiese presentarnos.

---

1.—Payno, M., *Los bandidos de Río Frío*. México Moderno, México, 1919, tomo I, p. 85.

2.—Ibid, pp. 58, 75.

3.—Jiménez Rueda, Julio. *Historia de la literatura mexicana*, 4a. Edición, Botas, Mex., 1946, p. 202.

4.—Payno, M., citado, t. I, p. 3.

5.—Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, Bouret, México, 1906, t. I, pp. 71-115.

## CAPITULO V.

Inclán.—Astucia.

Don Luis Gonzaga Inclán nació el 21 de junio de 1816 en el rancho de Carrasco, cercano a Tlalpan, y del cual su padre era administrador. Empezó a cursar las primeras letras a los ocho años de edad en lo que se llamaba "Escuela Real". Aquí, el profesor don Miguel Sánchez Alcedón tenía a su cargo y bajo su cuidado niños que después fueron hombres célebres en la historia de la República.

A los doce años de edad ingresó en el Seminario Conciliar para estudiar latinidad y permaneció allí hasta concluir el tercer año de filosofía. Pero no estaba contento Inclán aprendiendo los verbos. Más bien quería amansar caballos y seguir la carrera de agricultor. Así que su padre le colocó en un rancho en el estado de Michoacán donde se formó hasta hacerse un completo hombre de campo. Fué administrador de las haciendas de Narvarte, La Teja, Santa María, Chapingo y Tepelongo. Cuando vivía en Tepelongo, conoció a la que más tarde sería su primera esposa, doña María Dolores Rivas. Ella vivió poco tiempo, y después de su muerte contrajo nupcias con doña Petra Zúñiga y Negrete. Como su esposa era de la capital, allá se trasladó la familia cuando las tropas invasoras norteamericanas llegaron a la República y destruyeron sus propiedades.

Con la venta de su rancho compró una imprenta y una litografía. Su establecimiento fué el precursor en la difusión de la literatura popular como estampas de santos, novenas milagrosas, corridos y canciones leídas por la clase vulgar, ya que como bien se sabe, en aquel tiempo el periódico no era patrimonio de las clases bajas. El pueblo siempre gustaba mucho más de los relatos en verso que en prosa.

Aun cuando vivía en la capital, Inclán era charro. Andaba envuelto en un sarape de Saltillo, llevaba barba recortada a la usanza de los hacendados, y su literatura popular versó sobre la vida del campo. **El Chamberín** es un folleto escrito en verso sobre los hechos públicos y memorables de su famoso caballo que llevaba este nombre. Lo publicó en 1860. También escribió las **Reglas** para el arte del lazo y las distintas maneras de colear. Esta también tiene la fe-

cha de 1860. Su única novela conocida es ésta de los **Charros contrabandistas de la rama**, o mejor conocida como **Astucia, el jefe de los Hermanos de la Hoja**. Publicado en dos tomos en los años 1865 y 1866. Según su hijo, el doctor don Juan Daniel Inclán, había además dos novelas inéditas, tituladas **Los tres Pepes** y **Pepita la planchadora**. Estas quedaron en poder de la familia y fueron convertidas en cenizas cuando estalló un incendio a bordo del vapor en que el hijo doctor viajaba con su equipaje y biblioteca. (1) Así se perdieron para siempre dos novelas de costumbres mexicanas. El autor murió a la edad de cincuenta y nueve años, el 23 de octubre de 1875.

**Astucia** tiene en su trama mucho de autobiográfico. Revivió sus tristezas y alegrías por las páginas de su novela. En vez de Anastasio Garduño, podemos ver a Inclán rechazando la carrera de literato que sus padres le habían previsto en la Universidad, y regresando a su hogar natal para una carrera de campo. Estaba irritado su padre al ver sus esperanzas frustradas y la conversación entre los dos bien podría ser esta duplicidad entre Anastasio y el señor Garduño. Sigue siendo autobiográfico por las penas sufridas a la muerte de su primera esposa, pero en la novela los personajes toman los nombres de Pepe el Diablo y Clara.

También Inclán, cuando se halló en tierras del sur, comerciaba en aguardiente y sabía las dificultades del oficio y lo que era ser perseguido por la ley, como Lencho en la novela. Anduvo entre los propios "hermanos de la Hoja"; los conocía perfectamente y sabía todo lo relativo a las labores de la "Molienda", su época y persecución por la ley. Así produjo los caracteres de su novela, copiando unos contrabandistas mexicanos que realmente existieron. Las costumbres de estos contrabandistas y las del pueblo mexicano, especialmente las campesinas, están tomadas del natural, sin descender por ello a lo soez, a lo obscuro, a lo repugnante. (2)

Las descripciones en **Astucia** del valle de Quencio también son cuadros de la realidad, pintados por ojos que lo habían visto durante los siete años que Inclán estuvo en la hacienda de Púcuaro. Conocía íntimamente la vida del rancho, pues que fué administrador de varias haciendas y conoció todos los ramos de la agricultura de las zonas frías y de tierra caliente. Inclán fué aficionado a los toros, y tuvo el privilegio de administrar la plaza de toros en Puebla y en la capital durante la época del célebre torero Bernardo Gaviño que menciona con tanta reverencia en el capítulo XII, tomo I. Siempre gustó de los deportes rudos, y en ellos ganó fama montado gallardamente sobre su famoso caballo Chamberín, corriendo, coleando y lanzando en los deportes de competencia. Así podía escribir con el sentido y el lenguaje de la gente y sus artes, porque los conocía. Su diaria observación de la existencia le proporcionó el rico material de que se sirvió para pintar los personajes de su producción.

Sus propios sentimientos se ven además en el final del libro en que pinta lo bueno de la vida del campo en comparación con

la de la ciudad. En la historia, el gobernador rechaza su elevada posición; reveló las molestias de su vida diaria y la vida de la ciudad, comparando el paraíso de su vida con el campo. ¿No será esto un sermón a sus hijos que preferirían permanecer en la capital después de pasar su juventud en el rancho? ¿No podía ser una llamada a su hermano Francisco que llegó a ser magistrado de la corte? ¿No podía ser su propia nostalgia para volver a pasar sus últimos años en el campo?

Sabemos que el carácter de mayor importancia era, en efecto, un hombre real y muy amigo de Inclán. En su prólogo dice:

"En nuestra mocedad fuimos buenos amigos, sirviendo de dependientes en la hacienda de Púcaro. Nos separamos en 1838 y no volvimos a vernos hasta 1863.

"Un instante bastó para el reconocimiento y que se reanudara nuestra antigua amistad: mutuamente nos dimos cuenta de nuestra vida en los "veinticuatro años" transcurridos; y al ver las extrañas aventuras de mi buen amigo, lances críticos, fuertes compromisos, tristes desengaños y otras vicisitudes a que sólo con su constancia, viveza, valor y fuerza de voluntad pudo afrontar y salir bien librado después de quince años de estar con la vida vendida, lo comprometí a que escribiéramos su historia para publicarla" (3).

**Astucia o Los hermanos de la hoja** es el cuento de la vida de aventuras de los charros dedicados al contrabando. Con la defensa de que "la conversación es pasto del alma", (4) cada charro cuenta sus respectivas y propias andanzas con arte e ingenio, conduciendo el hilo del relato y narrando tales aventuras al jefe de la banda, Astucia. Relatan sus antecedentes, su nacimiento, su educación, sus amores y sus tareas, uniéndolas a la aventura final de los seis hermanos contrabandistas y la muerte de los cinco. Inclán conocía muy bien el arte de la composición novelesca, el uso del interés dramático con la abundancia de detalle. Aprovechó sus años de campo hilando los cuentos más interesantes que llegaron a sus oídos con los caracteres más interesantes que conocía. Dió la unidad, esencial en toda obra de arte, con Astucia, el personaje principal y amigo suyo en la hacienda de Púcaro. Con cada historia que le contaban, Inclán tenía la oportunidad de exaltar un tipo diverso hasta lograr describir seis pintorescas vidas y el ambiente correspondiente. Bien podían ser, en vez de esta larguísima novela, seis diversas novelas de bastante interés.

La divisa de los "hermanos" era como la de **Los tres mosqueteros**: "Todos para uno y uno para todos", (5) y su método para obrar, era de conformidad con el consejo que el jefe de ellos había recibido de su padre: "Con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión" (6).

Los hermanos eran: Astucia, Pepe el Diablo, Chepe Botas, Tacho Reniego, el Tapatío, y el Charro Acambaraño. No estaban todos desprovistos de pecados; eran rudos pero nobles, una raza de hombres moldeados por la lucha, atormentados por anhelos eternos, buscando satisfacciones lejanas. Tenían un hondo sentido de rebeldía contra las injusticias sociales. Protegían a las mujeres indefensas; amparaban a los infelices y a los débiles y aun reivindicaban sus derechos contra el poder público. Su tarea no era simple. La pasión les turbaba la vista; la complejidad de la experiencia les confundía. Infundieron terror a los bandidos y miedo al resguardo. Batallaron con tropas capitaneadas por bandidos, y las perseguían en nombre de la ley.

Ejercían un comercio honrado. Todos sus tratos eran de palabra y sus marchantes los cumplían y los vigilaban con eficacia. Todos los honrados eran sus amigos, los trataban bien porque se dieron a querer de todo el mundo.

Inclán definió el objeto de su novela en el prólogo:

"...no se entienda que trato de celebrar el hecho de comerciar con un efecto prohibido, ni aplaudir esa manera de hacer fortuna tan justamente reprobada por gentes de buen criterio; mi objeto es publicar los episodios de aquellos rancheiros y que, por desgracia, la generalidad ha confundido con los ladrones y bandidos, cuando no fué sino todo lo contrario: perseguían de muerte y colgaban sin mucha ceremonia a cuanto bandolero encontraban en su camino. Infundiéndoles terror, los ahuyentaron de varias de sus madrigueras, y haciendo a un lado la clase de comercio que a costa de mil peligros eligieron, nunca dieron otra nota de sus personas y eran muy queridos, respetados y aun celebrados de cuantos los conocían." (7).

Es una novela mexicana con profundo sentido humano que no se encuentra en la novela de Payno ni en tal grado en la de Altamirano. Es una visión de lo pintoresco y lo genuino de México. En ella Inclán nos permite penetrar en todas partes para examinar los vicios y las virtudes de la sociedad mexicana de principios del siglo XIX.

Federico Gamboa la ha descrito así:

"por sus páginas congestionadas y de la cruda luz de nuestro sol indígena, palpita la vida nuestra, nuestras casas y nuestra gente: el amo y el peón, el pulcro y el bárbaro, el educado y el instintivo; se vislumbra el gran cuadro nacional... que hemos visto desde la cuna, el que vemos hoy y el que quizá seguiremos viendo más allá de la tumba y de la muerte. Por sus páginas corren nuestros potros, nuestras pasiones, nuestros

vicios y nuestras virtudes: vemos nuestros vecinos, los caminos que hemos andado y los pueblos que hemos visitado". (8)

En efecto, la descripción de Inclán es vívida. No describe el paisaje, pero nos permite sentirlo por la narración y el diálogo. Sus descripciones son más bien de la gente que conocía íntimamente. Inclán no es creador de caracteres, pero sus retratos son fieles y agradables. Parecen hombres que conocemos, seres humanos sin disfraz. Describe gran cantidad de personajes con nimio apego, todos sujetos humanos: el hacendado, los arrieros y el gallardo charro que desprecia el peligro en vez de temerlo. Entendía bien su carácter, el orgullo de su caballo, su amor a la libertad y su odio a la dependencia, su amabilidad, cortesía, sencillez y honor y el respeto a su palabra dada. Muestra esto último con: "Los rancheros somos esclavos de nuestra palabra" (9).

En su única novela, Inclán ha presentado un vasto panorama social que la evoca el México rural tal como fué en realidad, y por esta nacionalidad acentuada merece un lugar en la literatura.

En cuanto al lenguaje que empleó Inclán, puede decirse que es vulgar. . . y es en esto donde radica su valor. Dió a los personajes su propia lengua, no siempre escogida; pero así hablaba la gente de la clase media en los rumbos rurales. Los retrató fielmente, dándoles vigor a sus conversaciones. Supo hacer hablar a sus personajes con la fidelidad y abundancia con que realmente lo hacían. Su narración tiene la fuerza y las peculiaridades propias a los caracteres, estableciendo una copiosa fuente de mexicanismos.

Advierte Pimentel que "Una de las circunstancias que más llaman la atención en **Astucia** es que en esta novela puede estudiarse en todo su desarrollo lo que hemos llamado alguna vez dialecto mexicano; es decir, entre la gente mal educada, corrompida, adulterada." (10).

Joaquín García Icazbalceta tomó de **Astucia** muchos de los giros y modismos que registra en su **Diccionario de provincialismos mexicanos**. "y tenía razón aquel maestro insigne —comenta González Peña— No puede darse mayor lozanía, más extraordinaria variedad y riqueza en cuanto a reflejar, en el verbo mismo, la naturaleza y el alma de un pueblo." (11).

En cada página de **Astucia** el lector halla vocablos pintorescos del lenguaje popular. Los refranes y proverbios reflejan la vida, la filosofía y la idiosincrasia de la gente que los habla. Reflejan sus actividades, su humor y sus compañeros. Son muchos los símiles inspirados en cosas campesinas, especialmente comparando cualquier cosa con los animales, compañeros de su día y la tarea, y el placer de su recreo. He aquí algunos de los más curiosos:

- 1.—Me chilla el cochino.
- 2.—Luego le hice la tortuga.

- 3.—Se ha puesto color de hormiga.
- 4.—¿A dónde ha de ir el buey que no ara?
- 5.—Anda buscando el gato en el garbanzal.
- 6.—No se hizo la miel para la boca del asno.
- 7.—Nunca saldrás de perico perro.
- 8.—Adonde acaba el perro concluye la rabia.
- 10.—Hay culebra en el charco.
- 11.—Para cada perro ha creado Dios un palo.
- 12.—Empecé a parar las orejas.
- 13.—Hacer adorar el tecolote.
- 14.—Se pone cara de espanta perros.
- 15.—Al ojo del amo engorda el caballo.
- 16.—Estaba tan enchilado que se le podían tostar habas en las orejas.
- 17.—Me hará creer que es gallina.
- 18.—Tiene el gato muy escondido y con la cola de fuera.
- 19.—Cada oveja con su pareja. (12).

Hay otros que, aunque no tienen referencia a los animales con que los charros trabajan, tiene mucho de lo pintoresco en cuanto al lenguaje:

- 1.—No hay alquilón que no rompa el coche.
- 2.—Dios castiga sin palo ni cuarta.
- 3.—Tiempo perdido los santos lo lloran.
- 4.—Aunque un árbol da sabrosos frutos, suele tener las hojas amargas.
- 5.—Miente más que un sastre.
- 6.—Era un guaje propio para tomar agua.
- 7.—No me puede ver ni pintado.
- 8.—Aquí no corre riesgo más que la leña.
- 9.—No volverá a mascar cacahuates.
- 10.—No estiremos más la cuerda, basta por ahora. (13).

Para mí, los refranes o frases proverbiales tienen gran interés porque, aunque su sentido se halle en cualquier lengua, son más descriptivos en español. Noté que Inclán tenía empeño en usarlos para conservarlos, pero tantos usó en el primer tomo, que dejó muy pocos para el segundo, empleando éste para desarrollar y terminar los argumentos que anteriormente había presentado. Recordemos algunos de ellos:

- 1.—Obras son amores y no buenas razones.
- 2.—Se el cayó el gozo al pozo.
- 3.—A lo hecho, pecho.
- 4.—En la cárcel y en la cama se conocen los amigos.

- 5.—La mujer vale por la honra, el buey por el asta y el hombre por la palabra.
- 6.—Con una piedra se matan muchos pájaros.
- 8.—No hay atajo sin trabajo.
- 7.—El pan ajeno hace al hijo bueno.
- 10.—El que no se arriesga no pasa la mar.
- 11.—Con el tiempo y un ganchito...
- 12.—Ladrón que roba a ladrón gana cien años de perdón.
- 13.—Ojos que no ven, corazón que no siente.
- 14.—Está peor el remedio que el mal.
- 15.—Las balas no saben respetar a los valientes.
- 16.—Con astucia y reflexión, se aprovecha la ocasión.
- 17.—Tarde o temprano, todo se paga.
- 18.—Cada uno es dueño de su miedo.
- 19.—Del dicho al hecho hay mucho trecho.
- 20.—Los locos y los niños dicen la verdad.
- 21.—El afortunado en el juego es desgraciado en amores.
- 22.—Para todo hay lugar.
- 23.—Caras vemos y corazones no sabemos.
- 24.—No hay peor cuña que la del propio palo.
- 25.—No hay mal que dure cien años.
- 26.—Al que le venga el saco que se lo ponga.
- 27.—Aunque la mona se vista de seda, si no muda de especie, mona se queda.
- 28.—De tal palo tal astilla, mala la madre, mala la hija y peor la sábana que la cobija.
- 29.—Quien bien te quiere te hará llorar.
- 30.—De tal jarro tal tepalcate.
- 31.—No es mal sastre el que conoce el paño.
- 32.—Dando, dando, pajarito volando.
- 33.—Mucho sufre quien bien ama.
- 34.—No hay mal que por bien no venga.
- 35.—No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague.
- 36.—Ninguno conoce el bien hasta que lo vé perdido.
- 37.—Vale más tarde que nunca.
- 38.—Nadie sabe el fin que se le espera.
- 39.—Del cielo a la tierra no hay nada oculto.
- 40.—El que por su mano se lastima, que no gima.
- 41.—Los duelos con pan son menos.
- 42.—Una mano lava a la otra y las dos lavan la cara. (14).

Inclán fué el creador de la novela del campo mexicano. Escribió en un estilo fácil de comprender porque se dirigía al pueblo que comenzaba a ilustrarse. Dió un carácter nacionalista a su obra, escribiéndola en una lengua nacional. Dió una obra de mérito en cuanto a la historia y las costumbres de una época. Su obra no se compara con otras. Es la precursora de novelas de raza, al descri-

bir la existencia de la clase media de México. Lo que faltó en ella de perfección formal, gana en entretenimiento. Inclán escribió con un don de interés si no de talento literario.

González Peña aprecia su valor con este juicio: "El encanto supremo de **Astucia** es su rustiquez. Es novela rústica y de los rústicos. Es un rancharo el que narra, el que observa, el que pinta, el que dialoga; un rancharo que se halla en sus propios terrenos". (15).

---

Las notas sobre la vida y la obra de Inclán proceden de:

- 1.—Núñez y Domínguez, José de J. "Introducción" en su selección de **Astucia**, a través de tres personajes de la novela. Imprenta Universitaria, México, 1945, p. XLIII.
- 2.—Pimentel, Francisco, *Literatura Mexicana en Revista Nacional de Letras y Ciencias*", 1890, t. III, p. 338.
- 3.—Inclán, Luis G., **Astucia**, prólogo, Hispano-Mexicana, México, 1945, t. I, p. 10.
- 4.—Inclán, **Astucia**, citado, p. 312.
- 5.—Ibid, p. 174.
- 6.—Ibid, p. 160.
- 7.—Ibid, prólogo, p. 9.
- 8.—Gamboa, Federico, "**La Novela Mexicana**", Gómez de la Puente, México, 1914, p. 6.
- 9.—Inclán, **Astucia**, citado, tomo I, p. 311.
- 10.—Pimentel, citado, p. 340.
- 11.—González Peña, Carlos, **Claridad de la Lejanía**, Stilo, México, 1947, p. 101.
- 12.—Estos símiles de los animales se hallan en el orden dado: tomo I, pp. 83, 51, 96, 113, 119, 134, 147, 152, 214, 317, 369, tomo II, 23, 30, 55, 83, 90, 110, 128, 251, 543.
- 13.—Páginas citadas para los demás: tomos II, pp. 342, 51, 23, tomo I, pp. 539, 373, 341, 234, 185, 149, 87, 78, 56, 53, 19, 31, 22.
- 14.—Páginas citadas para refranes: tomo I, pp. 26, 30, 54, 57, 89, 112, 113, 113, 115, 119, 127, 149, 154, 160, 163, 167, 170, 215, 230, 236, 254, 298, 393, 411, 421, 422, 443, 449, 476; tomo II, pp. 32, 56, 67, 82, 68, 191, 203, 222, 244, 262, 263, 263.
- 15.—González Peña, Carlos, **Claridad en la Lejanía**, citado, p. 110

**CAPITULO VI.**

**Altamirano.— El Zarco.**

De humildísima cuna procede don Ignacio Altamirano. Nació el 13 de noviembre de 1834 en Tixtla de padres indígenas. Se crió, gozando las grandezas de las montañas del Sur, lejos de los centros de comercio. Allí llevó una existencia casi salvaje sin saber siquiera el idioma español hasta los 14 años. Sus padres, Francisco y Gertrudis Altamirano, fueron personajes de respeto en aquella aldea en que nació y cuando el padre fué elegido alcalde, su hijo entró en la escuela con los hijos de españoles. Pronto su inteligencia vigorosa le hizo sobresalir entre sus condiscípulos, y en 1849, aprovechando una beca, fué a Toluca para estudiar las lenguas y la filosofía en el instituto literario de aquella capital.

Le tocó la buena suerte de tener como director del instituto al célebre filósofo y catedrático, don Ignacio Ramírez, y logró distinguirse en sus clases y ser amigo íntimo de este gran pensador. En efecto, el maestro se interesó mucho en su discípulo indígena; le animó con su saber literario y le aconsejó en sus primeros esfuerzos de escribir en prosa y en verso. Tal progreso mostró que no faltaban amigos en ayudarle con sus gastos y, a pesar de ser pobre, logró asistir al colegio de San Juan de Letrán en la Capital después de salir del Instituto de Toluca. En medio de su carrera estudiantil, salió para tomar parte activa en el plan de Ayutla, combatiendo tenazmente a las órdenes de don Juan Alvarez. Más tarde regresó, concluyó sus estudios de derecho, y recibió su título de abogado en 1859.

México en aquel entonces se agitaba con la Guerra de Reforma, Altamirano se interesó en la política e inició su actuación militar en el Sur, su Guerrero querido. La reforma triunfó y el 11 de enero de 1861 Benito Juárez estableció su gobierno en México. Altamirano fué electo diputado al Congreso de la Unión, representando su Estado natal. Sus discursos fogosos y sus ensayos de periodismo le hicieron sobresalir en la Cámara.

Peleó valientemente durante la intervención francesa y siempre se destacó por su valor militar. Luchando en Tierra Blanca, Cuer-

navaca y Querétaro, alcanzó el grado de coronel; y al quedar restablecida en la República la paz, llegó en la carrera fiscal hasta presidente de la Suprema Corte de Justicia, cuando tenía 33 años.

Su aspiración más profunda fué la creación de la literatura nacional. Fundó **El Federalista**, con Manuel Payno, **La República**, **El Correo de México**, con Ignacio Ramírez y **La Tribuna**. (1) Colaboró con artículos sobre política y crítica teatral en varios periódicos. Durante más de 22 años fué el adalid más famoso de las letras patrias. Conoció las obras de los autores mexicanos anteriores y las menciona en su capítulo de **El Zarco**, titulado "Xochimancas": Vicente Reyes, autor de **Onomatología Geográfica de Morelos**; Sahagún, cronista de costumbres indígenas; Ramírez, el etimologista; el anticuario C. A. Robelo; el historiador Orozco y Berra; el cronista Torquemada.

Poeta, novelista, maestro, ejerció en su tiempo una influencia decisiva en la marcha de los acontecimientos. Luis González Obregón dijo de él: "Nutrió con su saber y sus consejos la generación literaria. Con dulces lazos formó aquella agrupación de privilegiados inteligencias, atados por cariño o guiados por el saber". (2) Según Read en **The Mexican Historical Novel** fué Altamirano quien animó a Manuel Payno a escribir sobre las costumbres de su país y quien influyó en él para que mejorara su estilo y su gusto literario, evidentes en **Los Bandidos de Río Frío**, del cual carecía en su primera novela **El Fistol del Diablo**. Altamirano mismo escribió tres novelas: **Clemencia**, (1869) **La Navidad en las Montañas** (1870) y **El Zarco**, (1888) todas plenas de costumbres e historia, puesto que siempre sentía gran entusiasmo por los asuntos de pronunciado color nacional.

En 1889 Altamirano fué nombrado cónsul general en España con residencia en Barcelona. Sus enfermedades le obligaron a permutar con Manuel Payno su puesto en Barcelona por el de Francia. Dos años más tarde fué al congreso de americanistas en Berna donde pronunció una luminosa alocución sobre antropología mexicana. El 13 de febrero de 1893 falleció en San Remo, Italia, víctima de la nostalgia y de la tuberculosis. Sus cenizas fueron traídas a su propia patria y hoy están en la rotonda de los Hombres Ilustres.

Amaba como pocos a su tierra natal y allí esperaba morir. En 1891 escribió: "Europa es bella, París es maravilloso, pero México es mi patria y Ud. lo sabe bien: a la madre se le prefiere no por que sea bella, ni rica, sino porque es madre". (3)

Altamirano fué sin duda el novelista mejor dotado de su época. Su estilo literario era muy superior al de los otros novelistas. En Altamirano, la novela es una obra de interés, algo artístico, con preocupación no sólo de entretener sino de crear un estilo propio, elegante y lleno de colorido. Escribió sus novelas sin los defectos de acumular pormenores redundantes como lo hicieron Payno e

Inclán. Juzgaba que "En las novelas de costumbres se necesita tan grande dosis de fina observación y de exactitud, como para las novelas históricas se necesitan instrucción y criterio. De otro modo sólo se producirán monstruosidades ridículas." (4).

Es el primero que realizó verdaderos modelos en la sobriedad de escenas, en la unidad de acción, y en la pureza de estilo. Fué un ardiente perseguidor del ideal. Sus obras tienen gran valor estético. La forma es clara, el estilo cuidadoso y el lenguaje sencillo y familiar pero con vocabulario escogido y con sentido de elegancia. Según González Peña, Altamirano fué desde el punto de vista estrictamente literario el primer novelista en la historia de las letras. (5).

Se recreó largo tiempo en las bellezas que escribió. **El Zarco**, novela amena e instructiva, es un retrato de la vida pintoresca de los bandoleros del Estado de Morelos. Pintó en ella la belleza del pueblecito de Yautepec con perspicacia realista. Sus descripciones están llenas de encanto y son características del Sur.

"Yautepec presenta un aspecto original y pintoresco, un pueblo mitad oriental y mitad americano. Oriental, porque los árboles que forman ese bosque son naranjos y limoneros, grandes, frondosos, cargados siempre de frutos y de azahares que embalsaman la atmósfera con sus aromas embriagadoras... El río y los árboles frutales son su tesoro". (6)

Además de dar un retrato fiel de Yautepec en cuanto a la descripción de su pueblo, lo hizo también con sus personajes. Bien sabía Altamirano que en esta pequeña aldea encontraría una mezcla de razas que raramente vemos en México. Allí había visto a muchos como el Zarco, "con color blanco impuro, ojos de azul claro que dió al plateado su nombre, cabellos de rubio pálido." (7). Eso noté yo con sorpresa durante el viaje que hice para conocer personalmente esa tierra que me había presentado Altamirano, y de nuevo estimé la habilidad del autor en dibujarlo completa y realista. Gocé con la vista del río, con las huertas y la plaza llena de follaje y pájaros tropicales. También me alegré mucho de saber que lo que le da fama hoy no son los bandidos y el terror que inspiraban sino un árbol que hay en el cementerio, único de su especie conocido por allá, que huele a vainilla y esparce su perfume por el campo.

La prosa de Altamirano, tiene encanto poético en sus descripciones de colores y sonidos. Su numen de bardo dió vida mágica a la naturaleza y expuso las bellezas ocultas a la vista:

"La noche había cerrado, en efecto: el rocío, tan abundante en las tierras calientes, comenzaba a caer; las sombras de la arboleda de la huerta se hacían más intensas a causa de la luz

de la luna, que comenzaba a alumbrar, y la familia entró en sus habitaciones. (8).

Como más tarde lo hizo Rubén Darío, Altamirano describió las ramas de azahares como "una lluvia de nieve y de aroma que rodeaba por todas partes". (9) Casi vemos el paisaje cuando describe:

"A lo lejos, las montañas y las colinas formaban un marco negro y espeso al cuadro gris en que se destacaban las obscuras masas de las haciendas, la faja enorme de Yautepec, los cerros y las arboledas, y al pie de la colina que servía de mirador al jinete se veían distintamente los campos de caña de Atihuayán, salpicados de luciérnagas, y en medio de ellos los grandes edificios de la hacienda con sus altas chimeneas, sus bóvedas y sus ventanas llenas de luz. Aún se escuchaba el ruido de las máquinas y el rumor lejano de los trabajadores y el canto melancólico con que los pobres mulatos entretenían sus fatigas. . ." (10).

La descripción de color y sonido que más me gusta es:

A la sazón caía un aguacero terrible, uno de esos aguaceros de las tierras calientes, mezclados de relámpagos y truenos, en que parece abrir el cielo todas sus cataratas e inundar con ellas el mundo. La lluvia producía un ruido espantoso en el tejado, y los árboles de la huerta, azotados por aquel torrente, parecían desgajarse. (11).

En las páginas de Altamirano se encuentran muchos contrastes y comparaciones:

"El silencio lúgubre reinaba en Yautepec pero. . . al contrario estaba la atmósfera, limpia y serena."

"Le revelaron toda la verdad de lo que pasaba en el alma de la hermosa joven y fueron para él como una luz esplendorosa que iluminó las nubes sombrías en que naufragaba su espíritu".

"Los bandidos las entonaban con esa voz aguda y destemplada de los campesinos de la tierra caliente, voz de eunuco, chillona y desapacible, parecida al canto de la cigarra, que no puede oírse mucho tiempo sin un intenso fastidio".

"No había escapatoria: era como una avecilla presa en las redes, como una mosca envuelta en la negra tela de una araña monstruosa, y más envuelta a medida que eran mayores los esfuerzos que hacía para salir de ella". (12)

También usó unos cuantos modismos de su época como: **Me quedaré a vestir santos; Estoy encerrada a piedra y lodo; y allojará la mosca o se muere.** (13).

Personificó las ideas en caracteres y tipos que son símbolos de los vicios y virtudes de la sociedad. Así nos dió el carácter de la raza tanto como el ambiente, y como su predecesor literario, el eminente Juan Ruiz de Alarcón, señaló y expuso en vez de la belleza del cuerpo, la del alma. Revistió a sus personajes con sus propias ideas y predicó que la moralidad es el más bello rasgo de cualquier pueblo.

Altamirano escribió para elevar al indio. En **El Zarco**, dió a uno de sus personajes, Nicolás, cara de indio sin tratar de pintarlo más guapo de lo que era. El autor mismo era indio de raza pura y, como dijo Acevedo Escobedo, se enorgullecía de ser feo, (14) porque su carácter se hizo más noble y bello sin ayuda de la belleza física. En un discurso que hizo Altamirano en honor de Thiers afirmó:

"Uno de los caracteres distintivos del hombre verdaderamente grande, es el de no necesitar de un origen ilustre para fundar sobre él su grandeza. . . sin más tesoro que su talento, sin más armas que su fé política, sin más fuerzas que sus esperanzas juveniles. . . El culto a los grandes hombres consiste en la gratitud y en la admiración de los pueblos. . . Es grande quien ha sido el único autor y responsable de su celebridad." (15).

Y así caracterizó a Nicolás, un pobre artesano, un herrero, pero en todo, un hombre de buenos principios. Tenía amigos y buena fama; era valiente; el grano de oro de la honradez. Sus oficiales lo querían mucho y fué estimado hasta por los ricos. Ganó bastante dinero con su trabajo a fin de ahorrar, gracias al sudor de su frente y a su honradez, una gloria que pocos tienen.

Comenzó Nicolás por ser un pobrecito huérfano; aprendió a leer y a escribir desde pequeño. Después se metió a trabajar con la fragua y a la edad en que todos regularmente no ganan más que un jornal, él era ya maestro principal de la herrería.

Su cuerpo era alto y esbelto, bien proporcionado, y con una fisonomía inteligente y benévola. Se conocía que era un indio, pero un hombre culto, embellecido por el trabajo, y tenía la conciencia de su fuerza y su valor. Defendió sus derechos, los cuales mostró al comandante. Por ello recibió del pueblo agradecimiento cuando se halló en la cárcel.

El único cambio en la novela en cuanto a Nicolás fué su vida emotiva. La cambió por un amor profundo y tierno que germinó en su corazón sobre las cenizas de un amor malsano de pasados días. Eso le sostuvo en los peligros. Algo como la confianza de un ser divino anidó en su alma y se abandonó a su suerte, confiado y tranquilo. Había aprendido en tan pocos días a estimar lo que vale la apariencia cuando se le compara con la realidad.

Manuela, al perderle, vió a este indio atezado, con las manos negras y gruesas, como hombre hermoso, lleno de grandeza porque quien a feo ama, hermoso le parece.

En la novela se caracteriza a Pilar como la mujer ideal: morena, con el tono suave de las criollas, una hija humilde del pueblo, triste y melancólica por su pasado y sin la esperanza de mejorar su condición en el futuro. Era de carácter resignado, dulce, tímida y ruborosa pero cambió al ver a Nicolás en peligro. Ofreció su vida por la de él; fué a ver al prefecto y llorando le suplicó que no abandonase a Nicolás. Le preparó alimento y dió una propina al soldado para que se lo entregara.

Inspirada por el amor, se había convertido en una mujer fuerte, atrevida y fecunda en recursos. No ocultaba ya sus sentimientos. Llegó el día de su boda. Su belleza natural se hallaba realzada ahora por su traje blanco y elegante. Era la mujer ideal en camino a su destino ideal: un hogar en el campo con un esposo noble y protector.

Altamirano realizó en Xochimancas, una pintura espléndida de las costumbres de los plateados, sacando de la historia de sus personajes que son después de todo, el manantial más rico en inspiración e interés humano y el más olvidado desde las obras de Lizardi y de Payno. Estaba de acuerdo con las palabras de Ireneo Paz cuando escribió: "Es la misión que tienen que llenar todos los cronistas, arrojar el baldón sobre los malos, sobre los pérfidos, sobre los criminales y hacer el pedestal para que descanse sobre él la gloria de los buenos". (16)

Supo Altamirano penetrar en las pasiones humanas y pintarlas con sutileza y con realismo psicológico. El capítulo "**Robada**" es un estudio magnífico de las reacciones de una madre buscando a la hija. Al ver la humedad del jardín se disgustó creyendo que la hija se empaparía. La llamó con voz imperiosa, después con tono alarmado y por fin suplicante. Buscó otra vez en la casa, en el jardín, y al ver las huellas de los caballos se quedó inmóvil, los ojos clavados en la calle; su corazón palpitante la ahogó y mil pensamientos la paralizaron hasta que por fin sus sufrimientos resbalaron en forma de lágrimas que bañaron su cara y anunciaron su dolor.

También con Manuela nos presenta un estudio intenso de las pasiones de una mujer bien criada que se enamoró de uno de los jefes plateados. Lo quería porque le propuso la escapatoria de una vida monótona en un pueblecito lleno de terror. Le ofreció una vida de aventura totalmente distinta de su vida actual.

Se imaginaba encontrar una cabañita salvaje, escondida entre los bosques a donde iría con el capitán de los plateados. Pero en vez de esto se halló en una especie de cárcel, una capilla arruinada de la antigua hacienda en el fondo de la cual, junto al altar mayor, se hallaba su alcoba que tenía únicamente un catre de campaña, colchones, bancos y unos baúles. Ni halló el respeto que creía me-

recer ni la comodidad, ni la seguridad que esperaba. El gusano del desprecio empezó a destruir el amor que tenía por el Zarco. Se sentía herida en su orgullo de mujer y, reflexionando en lo bueno que dejó y en la mala situación en que se hallaba, se entristeció. En cinco días con diversos pensamientos y experiencias agotó su amor, y se produjo en ella una mezcla de repugnancia y arrepentimiento. La suya era la tragedia del amor convertido en odio que deja por toda la vida y más allá de la muerte toda clase de amargura.

Comprendiendo que lo que antes le parecía vulgar era en realidad un tesoro abandonado, empezó a amar a Nicolás con un amor desesperado y violento. Pero esto era una lucha con lo imposible y, comprendiéndolo, aceptó su destino y permaneció al lado de su bandido hasta que llegó la muerte, la única esperanza o descanso posible. Y así terminó la vida de una víctima de la codicia y la vanidad, vicio capaz de afeer el rostro ideal de un ángel. (17)

No se interesó Altamirano por lo superficial sino por la belleza oculta a los ojos de los indignos y, viendo hacia adentro, pintó al mundo con gracia y belleza.

En el **Zarco** Altamirano empleó símbolos supersticiosos para anunciar lo trágico como lo hicieron Edgar Allan Poe en **The Raven** y Jorge Isaacs en **María** con la sombra de un pájaro negro. La pulsera de víboras simbolizó el pecado y el delito de Manuela, la pérdida de su honor, y fué esta misma la que la sentenció como ladrona a cargar la culpa de un crimen.

El buho que gritó parado en la rama frondosa de un amate gigante, anunció el azote y el destino que esperaba al Zarco, y esta misma rama fué testigo de su muerte y recibió, colgado, su cuerpo inerme.

Altamirano era profundamente supersticioso. Según González Peña, tenía un miedo insondable al número 13, lo cual le hizo escribir dos capítulos de número 12, seguido por el 14 cuando estaba en formación la novela **El Zarco**. (18)

Al final de su vida, en Italia con esperanzas de volver a su patria, se encontró hablando con su familia. Estaban ensimismados en la plática cuando, por la ventana abierta, llegó clara, limpia, la canción de un italiano que cantaba acompañándose de una musiquilla el **Vorrei Morire**, como recordándole la cercanía de la muerte y la mentira de sus esperanzas de volver a México. La plática se cortó bruscamente y quedó escuchando la canción, perdido en dolorosas cavilaciones, mientras la familia mandaba callar al músico inoportuno. Conforme a una expresión favorita suya: "En 13 nací, en 13 me casé y en 13 he de morir", murió el 13 de febrero de 1893. (19)

González Peña, en su **Historia de "El Zarco"** nos dice que la versión única que conocemos no se apega escrupulosamente al original, en virtud de que el editor suprimió en la obra las frases que a su juicio, pugnaban con el concepto (quizá demasiado estrecho) que él tenía del españolismo.

Altamirano se refiere muy a menudo a la historia actual en su novela **El Zarco**. De sus páginas he sacado lo siguiente: Esta novela se desenvuelve en México en agosto de 1861. En estos días Yautepec iba elevándose hasta ser cabecera de distrito. No había tomado parte activa en las guerras civiles pero había sido varias veces víctima de ellas. La población era buena, tranquila, laboriosa, amante de paz, franca, sencilla y hospitalaria. Pero en estos días sufría una epidemia de terror ante el peligro de asaltos de bandidos, que sólo podía curarse con una fuerte guarnición. Los habitantes de Yautepec no se atrevían a salir de sus casas. Se proveían de víveres muy de prisa y se encerraban. Así vivieron escondidos con la esperanza de que los plateados no supieran que existían.

En este tiempo todo el mundo tenía que andar armado y apercebido para la defensa. Al terminar la guerra civil que destrozó a la República durante tres años, y que se conoce en la historia con el nombre de guerra de Reforma, no puede decirse que se hubiera perseguido de una manera formal a tales facinerosos, ocupado como estaba el gobierno de la nación en luchar todavía con los restos del ejército clerical. Además, la intervención extranjera era una amenaza que comenzaba a exponerse en hechos, precisamente en el tiempo en que se verificaban los sucesos que relatamos; y, como era natural, la nación toda se conmovía, esperando una invasión extranjera que iba a producir una guerra sangrienta y larguísima, que, en efecto, se desencadenó un año después y que concluyó con el triunfo de la República en 1867.

Al amparo de la guerra civil, se había desatado en la tierra fría cercana a México, una nube de bandidos que no tardó en invadir las ricas comarcas de la tierra caliente.

El Zarco se afilió a ellos y comenzó a distinguirse por su intrepidez, por su crueldad y por su insaciable sed de rapiña. Llegó a ser uno de los jefes más renombrados, buscando vengarse en las haciendas en que había servido.

Las tropas liberales se encontraron (por un error lamentable y vergonzoso), obligadas a aceptar la cooperación de los bandidos en la persecución que hacían del faccioso reaccionario Márquez en su recorrido por tierra caliente. Se presentaron formando cuerpos tan irregulares pero numerosos, y uno de ellos era mandado por el Zarco.

El general González Ortega, conociendo el grave error que había cometido al dar cabida en sus tropas a varias partidas de plateados que no hacían más que asolar las poblaciones que atravesaba el ejército no tardó en perseguirlas, y fusi6 a varios de sus jefes. Otros escaparon y reorganizaron sus bandas.

Venganzas y humillaciones fueron harto frecuentes en esa época, merced a la audacia y al número de los bandidos, y a la impotencia del gobierno central que, ocupado en combatir la guerra ci-

vii y en hacer frente a la intervención, no podía distraer sus tropas para reprimir a los bandidos. Además el gobierno del Estado de México, a la sazón desorganizado, y en el que los gobernadores, militares o no, se sucedían con frecuencia, tampoco podía establecer nada durable. Los hacendados ricos tenían que huir de México después de cerrar sus haciendas o someterse a la dura condición de rendir tributo a los principales cabecillas, so pena de ver incendiados sus campos, destruidas sus fábricas, y muertos sus ganados y sus dependientes.

Cuando entraban los plateados en las poblaciones, todos se ocultaban, ya en el cuarto, ya en lo más apartado de las huertas, donde preparaban escondrijos en los que permanecían días enteros, hasta que pasaba el peligro.

Durante algún tiempo los bandidos fueron perseguidos y muertos por fuerzas organizadas del Estado de México y puestas a las órdenes de jefes enérgicos y terribles como el célebre Oliveres.

Las poblaciones tenían defensas, armas que pertenecían a las autoridades y otras de defensa personal. Pero pasó primero Márquez con los reaccionarios y les quitó todas las armas y los caballos que pudo encontrar. Llegó el general González Ortega con las tropas liberales y mandó recoger todas las armas y los caballos que quedaban, dejando así a la población con los brazos cruzados. Los bandidos terminaron con los caballos, y dejaron al pueblo con la sola alternativa de huir a esconderse. Las autoridades locales eran tales que cualquier militarillo se atrevía a ultrajarlas y a humillarlas. Si se les enviaba a perseguir bandidos, mataban a los hombres de bien, lo cual les era muy fácil y no corrían peligro por ello, ya que el país estaba de tal manera revuelto, y las nociones de orden y moralidad de tal modo trastornadas, que nadie sabía ya a qué apelar en semejante situación.

Durante el día había vigías en las torres de las iglesias para prevenirse de los ataques, pero la noche hacía inútil esa precaución. Era la época más triste; no había diversiones, ningún baile, ni siquiera el recurso pueblerino de asomarse a la ventana. (20).

En consecuencia de todos estos relatos, y comparándolos con los que nos hace la historia de esa época, podemos estar seguros de que las páginas de **El Zarco**, cuentan lo verdadero. La mayoría de los episodios que se desenvuelven en Yautepec y sus alrededores, tienen bases históricas y positivas en cuanto al conflicto entre la población y los bandidos, escondiéndose éstos, fingiendo huir, y bromeando con las tropas del gobierno como relató el Zarco a Manuela; los ataques de que eran víctimas los arrieros o la batalla que sostuvieron las tropas de Martín Sánchez contra los plateados; también son auténticos, así como los robos en las aldeas; en efecto, todo menos el hilo que ata el ambiente y los personajes para hacer un solo cuento.

El Zarco es un ser real como lo son también Martín Sánchez,

los generales Leonardo Márquez y González Ortega, y el presidente Juárez. Benito Juárez mandó perseguir a las partidas de bandidos en 1861, pero, como en la tesorería nacional había poco dinero para compensar tal servicio, los esfuerzos no tuvieron todo el fruto que era necesario.

La vida de Altamirano está ligada íntimamente a la creación de sus obras. Basándose en sus memorias y en sus meditaciones escribió su novela. En todas sus luchas animó y observó episodios de alto heroísmo. En esta obra suya una combinación de muchos episodios históricos en los que él tomó parte, viéndolo todo, sintiéndolo todo y recordando.

En un parte rendido por el jefe del ejército de Operaciones en Querétaro, en el mes anterior a la victoria final de las armas republicanas, se hallaba esta mención envidiable:

El Coronel Ignacio Altamirano, desprendiéndose de la línea del centro, se presentó en lo más reñido del combate uniéndose al General Jiménez y no abandonó del combate el lugar de la acción, hasta que ésta terminó completamente, haciéndose notable por el entusiasmo y arrojo que lo han distinguido en todos los ataques que ha sufrido la línea a mi mando, animando con sus palabras y su ejemplo a los valientes soldados de la República. (21).

Nos conservó cuadros de la vida que observó durante estos años: las costumbres del campo, las aventuras pintorescas de rancheros o jefes de bandidos, o la gente en general; su manera de vivir, celebrar, las emociones de los ciudadanos; lo endeble de la ley en esa época.

Pienso en la persona del Zarco cuando leo la carta escrita por Altamirano a Vicente Riva Palacio, con fecha del 29 de diciembre de 1866:

...estuvimos aguardando la batalla por dos horas, en nuestra posición, a la sazón que Figueroa y Arce, siguiendo al enemigo llegaron también a Jojutla... Entonces nos movimos y como era de noche, Leyva destacó mis regimientos y la caballería de Jonacatepec a toda prisa, pues acabábamos de saber que el enemigo, burlando el acecho de Figueroa y Arce, se salió de esta plaza y tomó el rumbo del Sur. Las caballerías lo alcanzaron a las dos de la mañana... y lo sorprendieron de tal manera que dejó en nuestro poder su cargamento, sus armas, sus dos piezas y todo, no salvándose sino difícilmente los jefes.

Con que ya ves que la fortuna nos protege. Vamos hoy sobre Cuernavaca y la tomaremos.

Malo se ha manejado por aquí como un bandido abo-

recible y a consecuencia de su conducta, acaban de derrotarlo al grado de dejarlo con unos bribones. No tenían precauciones en Chalco; no tenían orden, no tenían más que deseos de robar. Este infame, en comunicaciones oficiales, ha dicho que tenía facultades tuyas para tomar caballos, armas y todo; por eso no se lo niegan y él saquea, estupra, etc. No es verdad que entregó la plaza de Yau-tepec a Leyva. Esa plaza fué evacuada a nuestra aproximación, juntamente con Cuautla, y Malo lo que hizo fué saquearla, a consecuencia de lo cual, el comercio vino por Leyva a Cuautla espantado, y Leyva fué a contenerlo, lo que se hizo tarde. Bueno sería que lo mandarás traer y lo castigaras por su conducta. Yo quiero que tú muestres que eres el más honrado de los jefes republicanos, como lo confiesa el enemigo... (22).

Martín Sánchez Chagollán, personaje rigurosamente histórico, era un campesino sin antecedentes militares. Era hombre bueno a carta cabal, uno de esos fanáticos de la honradez que prefieren morir a cometer una acción que pudiera manchar su nombre o hacerlo menos estimable para su familia o para sus amigos.

Vivía tranquilamente consagrado a sus labores, pero una vez cuando él y su esposa se hallaban ausentes, cayó en su rancho una gran partida de plateados. El anciano padre de Martín y sus hijos se defendieron como pudieron pero fueron dominados por los bandidos, que asesinaron al anciano, y a uno de los hijos; la casa fué saqueada e incendiada. Los plateados destruyeron todo lo que constituía el patrimonio del honrado labrador.

Vendió lo poco que le quedaba, y con el dinero que reunió, compró armas y caballos para proveer a una partida de veinte hombres. Más tarde la aumentó hasta cuarenta. El Prefecto de Morelos lo autorizó a perseguir plateados en calidad de Jefe de Seguridad Pública. A medida que luchaba, crecía su tropa, y poco a poco fué exterminando partidas de bandoleros.

Su ley penal era "ojo por ojo y diente por diente". Por fin había aparecido en México el ángel exterminador; Martín Sánchez era la indignación social hecha hombre.

Sólo tenía facultades para aprehender a los criminales y consignarlos a sus jueces. Colgaba sólo a los que morían peleando. Al fin, viendo que sus esfuerzos no tenían todo el buen éxito que él deseaba así, resolvió ir a México para dar cuenta al presidente Juárez del verdadero estado en que se hallaba la tierra caliente, decidirlo en favor de la buena causa y pedirle facultades, armas y apoyo. Con la ayuda que le prestó el presidente, Martín Sánchez llegó a dar fin a las partidas de bandidos. Era el gran hombre de su región: fuerte, honrado y bondadoso. (23).

Noto que los dos autores, Altamirano e Inclán tienen héroes

casi iguales: Astucia, como otro Jefe de Seguridad Pública, ayudó a los indefensos y castigó a los culpables. Sus procedimientos eran iguales a los de Martín Sánchez: fusilar y colgar a los bandidos para escarmiento de los malos y para animar a las aterrorizadas víctimas de aquéllos. Por otra parte ambos eran bondadosos con los bandoleros al enviarlos a su creador: a todos les dieron oportunidad de confesarse antes de morir.

Altamirano en las páginas de **El Zarco** exaltó el valor de los que se organizaron para combatir la maldad, como Martín Sánchez. También se organizaron los hombres de la hacienda en donde trabajaba Nicolás. Tenían la misma organización y divisa que Astucia: "Uno para todos y todos para uno."

- 
- 1.—Jiménez Rueda, Julio, *Historia de la Literatura Mexicana*, 4a. edición, Botas, México, 1946, p. 213.
  - 2.—González Obregón, Luis, "Ignacio Altamirano" en *El Renacimiento*, 2a. época México, 11 de febrero de 1894, pp. 81-822.
  - 3.—Benítez, Fernando, "Muerte de Ignacio M. Altamirano" en *El Nacional*, México, 13 de febrero de 1938, segunda edición, pp. 1-4.
  - 4.—Read, John L, *The Mexican Historical Novel*, Instituto de las Españas en los EE. UU., N.Y. 1939, p. 35.
  - 5.—González Peña, Carlos, *History of Mexican Literatura*, Univ. Press, Dallas, 1945, p. 301.
  - 6.—Altamirano, Ignacio, M. *El Zarco*, Colección Austral, Méx., 1945, tercera edición, p. 13.
  - 7.—Ibid, p. 48.
  - 8.—Ibid, p. 30.
  - 9.—Ibid, p. 153.
  - 10.—Citado, pp. 31-32.
  - 11.—Citado, p. 58.
  - 12.—Citado, pp. 15, 81, 117, 122.
  - 13.—Citado, pp. 21, 21, 124.
  - 14.—Acevedo Escobedo, Antonio, prólogo de *Aires de México*, edición de la Universidad Nacional, Méx, 1940, p. XXI.
  - 15.—*Aires de México*, citado, pp. 103-107.
  - 16.—Paz, Ireneo, *Maximiliano*, Méx, 1899, p. 5.
  - 17.—*El Zarco*, citado, páginas de referencia: 115, 124, 105, 106, 109, 113, 44.
  - 18.—González Peña, C. La Historia de "El Zarco" en *El Universal*, primera sección, p. 3. el 10 de enero de 1926.
  - 19.—Benítez, Fernando, "Muerte de Ignacio M. Altamirano", citado, p. 4.
  - 20.—*El Zarco*, Citado: pp. 13, 17, 25, 98, 99, 100, 48, 49, 50, 51, 101, 73, 86, 79, 13, 14, 17, 15,.
  - 21.—*Aires de México*, citado, pp. XI.
  - 22.—Ibid, pp. 172-173.
  - 23.—Ibid, pp. 138-142, 157.

CAPITULO VII.

—LAS COSTUMBRES.—

Escritas para divertir y a la vez instruir, estas tres novelas tienen mucho en común en cuanto a su carácter histórico, a los tipos y a las costumbres.

Han sido populares porque todos deseamos revivir la juventud y las cosas que conocimos en nuestra infancia. La memoria es el algo que siempre nos trae vida nueva.

Puesto que la religión era, y es, la parte más grande de la vida, estas novelas están llenas de propaganda de la iglesia, cumpliendo así los autores su deber de enseñar e introducir el buen gusto y el refinamiento de un país. Es cosa tan notable como verdadera el hecho de que un novelista puede poner de moda cualquier cosa cuando tiene talento y buen gusto para ello.

En *Astucia*, al escapar del incendio con su novia, Lorenzo, noble, honesto y enamorado, describió la imposibilidad de casarse con la bendición de la iglesia porque era bien conocido en su rumbo y su vida estaba a precio. Así que entonces, los dos, ante la cruz que marcó la tumba de su padre honrado, juráronse fidelidad y eso fué la única ceremonia posible para ellos hasta que llegó el perdón del gobernador.

En la novela de Altamirano, el Zarco y Manuela se fugaron sin casarse. Tampoco podían recibir la bendición de la iglesia porque había orden de colgar al bandido tan pronto se le cogiera. Se querían a su manera: él cómo podía amar un hombre encenagado en el crimen sin ninguna noción del bien, orgulloso de tener el cariño de la mujer más bonita de la comarca, cuya posesión le había parecido imposible. En realidad no deseaba casarse; ni establecer un hogar. Sólo buscaba las emociones groseras de los sentidos para completar la buena fortuna de su situación presente, ya que había saboreado el placer inferior de poseer magníficos caballos y de amontonar onzas de oro y riquísimas alhajas.

Lorenzo (*Astucia*) construyó una casita en el centro del bosque. Capturó pajarillos para adorno del patio y trasladó lo bello de la naturaleza a su hogar; hizo su propio paraíso oculto del mundo.

Así pensó Manuela que haría el Zarco, una cabañita, una gruta quizá, escondida de la vista de todos y conocida solamente de

ellos dos. Pero no sucedió así. Vivían entre las ratoneras, amontonados en los rincones de una capilla arruinada.

El cuento de Elisa fugándose con Carlitos en **Astucia** es más bien el cuento de Manuela escapando con el Zarco en busca de aventura.

Las tres novelas tienen un argumento semejante: El Bulldog en **Astucia**, Relumbrón y Evaristo en **Los Bandidos** y el comandante en **El Zarco**, todos al amparo del gobierno mentían, robaban, y engañaban. También hay ejemplos de la injusticia hecha a los pobres en el mercado: Evaristo haciendo la almohadilla y Mariquita en **Astucia**, empleando dos meses en bordar un paño de seda, cuajado de flores copiadas al natural, con orillas de grana y con bramante bordado al pasado. Al necesitar dinero para pagar una deuda, trató de venderlo en 20 pesos, pero Alejo le dió lo que valía: 5 onzas.

Son también parecidos los argumentos y condiciones del Zarco con el cuento de Juan Navarro, el tapatío. Llegaron los bandidos a su pueblo; robaron; maltrataron a las viejas y raptaron a las jóvenes. Con deseo de venganza incendiaron los campos y haciendas. Dejaron tristeza y miseria. El padre de Victoria era como Nicolás, estaba dispuesto para seguir a los bandidos y combatirlos hasta que le entregasen a su hija o hasta que perdiera la vida. Como murió Doña Antonia por la pérdida de su honor, así murió la madre de Victoria, y el único fin posible para las dos jóvenes manchadas por los pecados de los bandidos era la muerte.

Para continuar con la crítica, las comparaciones y una vista de las prácticas sociales y folklóricas, he entresacado las que me parecen más características y las presento a continuación para su lectura:

## COSTUMBRES

Una de las costumbres más interesantes que han pasado al uso actual es la de sacar al patio las jaulas de los pájaros y arrancar las yerbitas nacidas en las macetas, para anunciar la venida al mundo del heredero de la casa. (1).

Otra costumbre era la de repetir los nombres más populares. Todos los varones del pueblecillo, como la mayoría de los indios, tenían el nombre de José, y las mujeres el de María. (2).

En México se le llama "maestro" al albañil, al carpintero, a cualquier artesano, que no sea muchacho aprendiz. La mayoría de ellos tenían la costumbre de pedir adelantado y de engañar cuando necesitaban ganar un poco de dinero. Estos artesanos tenían un día sagrado que observaban con exactitud: el San Lunes. Trabajaban el domingo si necesitaban terminar cierta obra, pero nunca el lunes porque era el día de descanso y diversión con la familia o amigos. (3).

En los pueblos las costumbres son menos austeras que en la capital. Payno pintó la amabilidad natural de los mexicanos diciendo:

"Así es costumbre entre la gente del pueblo, que jamás niega la hospitalidad, y concede un rincón y parte su miseria con cualquiera, aunque jamás lo haya conocido." En otra parte dice que cuando muere la madre, la madrina tiene la obligación de recoger a la niña como hija de su propia casa. (4).

Otra costumbre, y una de las más bellas, es la veneración que tienen los hijos a sus padres. Inclán cita innumerables ejemplos de esta adoración. "Mucho puede una lágrima de un padre en el corazón de un hijo amante" (5). Este consejo dió el padre: "Jamás desdiga del apellido que llevas y seas el primero en honrar mis cenizas" (6) lo cual trae a la memoria otra costumbre: el amor a la honra. Garduño habló por todos cuando dijo: "Ese orgullo de ser honrado sólo acabará en mí cuando Dios me quite la vida".

El lenguaje español siempre es lírico y lo parece aún más a los oídos de los extranjeros cuando escuchan frases de cortesía como:

"¿Con qué pagaré tanta lineza, tanta bondad?"

"Con una cosa muy apreciable, con un abrazo". o así:

"Soy su criado. Conózcame para que me mande, Apolonio Reyes está a sus órdenes, y si no desdeña, hágame el gusto de permitirme que lo abraze y le demuestre mi cariño" (7).

Puesto que **El Zarco** tiene lugar en tiempos de guerra, tiempo en que está ocupado el pueblo en otras cosas más importantes que lucir sus costumbres, hallamos pocas expresiones de ellas, pero las que hay reflejan la tierra caliente con su abundancia de flores y sus vecinos amables.

Vemos que el usar corona de azahares es para la boda o para la muerte, así se casan las doncellas y así las entierran. (8). El deseo de tener azahares en la boda parece universal, un deseo que ya se puede cumplir en cualquier región con la facilidad actual de viajar rápidamente. En la boda religiosa de Pilar, la música del pueblo tocaba algunas sonatas. Cada limonero y cada naranjo había dado su contribución de azahares y había arcos y ramilletes desde el camino de su casa a la iglesia. Tenía boda como pocas y merecía toda la buena suerte que le tocó.

---

1.—Payno, M. *Los Bandidos*, citado, tomo I, p. 11.

2.—Ibid, p. 16.

3.—Ibid, pp. 74, 86, 91.

4.—Ibid, pp. 64, 50, 75.

5.—Inclán, *Astucia*, citada, tomo I, p. 170.

6.—Ibid, p. 112.

7.—Ibid, pp. 99, 318.

8.—Altamirano, *El Zarco*, citado, p. 17.

## FIESTAS.

En una nación de gente característicamente alegre, una de sus costumbres más llamativas son sus fiestas.

**El Zarco** fué escrito en una época en que las fiestas eran peligrosas, y así la gente tuvo que llevar una vida aburrida, sin celebrar más que la suerte de conservar la vida y la salud, tomando su retiro como una precaución para evitar ser sorprendida por los plateados. En cambio los bandidos sí celebraban de vez en vez; jugaban a la baraja, bebían aguardiente y cantaban canciones de taberna todos los días. Para animar a Manuela la llegaron a cantarle acompañándose con la guitarra y por fin hasta tuvieron un baile en el cuarto grande de la hacienda, lleno de humo y velas de cebo. Tocaban valeses y polcas con sus bandolones, guitarras y jaranas.

Otra fiesta presentada en las páginas de **El Zarco** es la de la boda de Nicolás, a la cual los azahares prestaron su perfume para encanto de todos; la música del pueblo tocaba alegres sones y el sol mezclaba su alegría con la del pueblo.

Inclán nos lleva a las fiestas de los rancheros, a los días de campo, a los juegos de billar, conquián, albures y "rentoy"; a los días de plaza con peleas de gallos y todo lo llamativo del mercado. Pero lo más alegre es la fiesta en la hacienda de Santa Clara, celebrada el 12 de agosto. Allá ejercitaban los charros su diversión favorita, la del jaripeo, porque así el hombre está en su elemento: coleando, lazando, jugando tánganos, manejando la reata, apostando y aun presentando su propia corrida de toros, (esto se repite más tarde con Astucia y el Bulldog) con el afán de cortar el rabo.

Payno, que había asistido a tantas fiestas, ferias, celebraciones, y en todas había sido bien recibido, nos describe peleas de gallos, improvisadas corridas de toros, trapisondistas de naipes, fiestas domésticas y la vida diaria de un rancho con celebraciones domin-gueras.

Pintó minuciosamente la celebración de San Lunes, patrón de los artesanos; describió el Viernes de Dolores, cuya celebración tenía lugar en el barrio desdeñado por la aristocracia. Entonces ves-

tía el pueblo sus ricos trajes y se paseaba por las dos orillas del canal viendo las chalupas cubiertas de flores que semejaban jardines flotantes.

Habló de la feria en Tepetlaxtoc, antiguo pueblo del reino de Texcoco, en donde los indios herraban reses, potros y yeguas. Almorzaban barbacoa, patas, gallinas y pulque, y por la tarde se reunían todos para la corrida de toros en la cual sacaba el charro la cola y la mangana, mientras que los hombres apostaban dinero a manos llenas.

Una de las fiestas más lindas era la del Rosario de Celaya. Al frente de la procesión salía la imagen de bulto de la Santísima Virgen seguida por curas y ocho mil peregrinos piadosos, formando en la negrura de la noche una colosal serpiente luminosa con sus velas y ceras en la mano. Al amanecer llegaban a Celaya procedentes de Querétaro.

Pero era la de San Juan de los Lagos, camino a Guadalajara, la que reunía a la gente de toda la república. El pueblecito en poco tiempo creció enormemente. Todo el comercio de la república y algunos artículos venidos de Europa, se presentaban en la feria. Los productos de Chihuahua llegaban en carros: algodón, cueros, barras de plata, cobre y oro, y se comerciaba con productos de París, Burdeos, El Havre, Liverpool y Hamburgo. De Nuevo México llegaban los carneros; de Texas lienzos de algodón ordinario, loza corriente, ferretería e instrumentos de labranza; de Tamaulipas, mulas y chalones, y de las haciendas de Sauz y Guanamé los mejores caballos. Se abrían hoteles improvisados, casas de juego, en las que la ganancia del día se perdía por la noche. El pueblo se vestía de gala en este mes; se instalaban palenques de gallos, teatros, salones de títeres, cafés, fondas, hoteles; los precios eran altísimos pero todos quedaban contentos, viendo lo que había producido su país: camotes de Puebla y Querétaro, calabazates de Guadalajara, uvate de Aguascalientes, guayabates de Morelia, turrón y colación del Estado de México. Por la exactitud de sus descripciones, sabemos que Payno conocía muy bien las ferias populares.

## — LOS VIAJES —

Quizá una de las mejores descripciones de la manera de viajar en aquel entonces, se encuentra en las cartas de la señora Calderón de la Barca intituladas **Vida en México**. Pero también hay algo de esto en las tres novelas de mi estudio e interés.

Este episodio escrito por Altamirano de la vida mexicana en 1861-63 aconseja el no viajar: Doña Antonia sabía que no podían irse solas a México y que era peligrosísimo confiarse a otra persona en esos tiempos en que los caminos estaban llenos de plateados. (1)

Uno de los lugares más peligrosos era La Calavera, una venta del antiguo camino carretero de México a Cuautla que era famosa en la historia por ser paraje de recuas, de diligencias, y de peatones viandantes, así como lugar de asaltos, ya que la naturaleza ofrecía a los ladrones grandes facilidades para ocultarse, emboscarse o en caso de ataque, para escapar. (2)

Payno continuó con sus descripciones. Durante muchos años y hasta que se establecieron las diligencias, se viajaba en unos pesados coches tirados por ocho mulas. Dentro iban los amos y los criados en una especie de red de mecate que se colgaba del coche. Un viaje de la hacienda a la ciudad duraba quince días y dejaba a los viajeros bastante cansados y maltrechos. (3)

Relata los peligros y las incomodidades del viaje por las canoas de los Trujanos en su capítulo titulado "En el canal de Chalco" (4) Nos pinta un viaje en diligencia sin asaltos y otro asaltado en el cuento tan famoso y humorístico de la ópera en el monte, éste en que la señora de Puebla fué insultada y en la que el poeta Pesado perdió su dinero, el cual recobró haciendo cálculos mágicos.

---

(1) Altamirano, p. 19.

(2) Ibid, p. 142.

(3) Payno, t. I, p. 79.

(4) Ibid, t. I, pp. 158-165.

## — EL VESTIDO —

En las páginas de estas tres novelas hallamos lo que podría ser una revista de modas de aquel entonces.

**El Zarco** describe el traje de los dependientes de las haciendas azucareras con su chaqueta de dril color claro; el del artesano industrial con blusa de lanilla azul y ancho cinturón, etc.

Pero el vestido más pintoresco es el de los plateados, el actual traje de charro: chaqueta de paño oscuro con bordados de plata, calzonera con doble hilera de chapetones de plata, sombrero de lana oscura y alas grandes con ancha y espesa cinta de galón de plata bordada con estrellas de oro. Debajo del chaleco llevaba blusa de lana y colgada de su silla estaba una gran capa de hule. Siempre estaba listo para la fuga o el asalto, montado en caballo de pelea, con dos pistolas en la cintura, el mosquete colgado en la funda de su silla y un machete a su lado. Llevaba una bufanda para cubrir el rostro menos los ojos. Los adornos del caballo también mostraban la ostentación exagerada de plata que hacían los bandidos. La silla estaba bordada, la cabeza grande, los estribos y el freno del caballo estaban llenas de chapetes de figuras y estrellas. Inclán dió la misma descripción del vestido del bandido que también hizo Payno. Los hombres decentes se vestían de otro modo. Martín Sánchez también tenía magníficos trajes pero de color oscuro y sin ningún adorno. Sus soldados llevaban chaqueta negra con botones de acero pintados de negro, pantalones negros, botas de cuero amarillo, acicates de acero, sombrero negro de alas muy cortas y sin ningún galón. No tenían más adorno que una cinta blanca con el letrero: Seguridad Pública.

Inclán viste de la siguiente manera a los seis hermanos de la hoja: calzones y algodón de venado, pecheras, rodilleras, manguillos, zarapes al hombro, tapaojeras al brazo y sombrero poblano. Llevaban pistolas al cinto y puñal en el dobléz de la bota de campana.

En cuanto a la mujer, explicó que la que llevaba tápalo era de buena sangre. El rebozo y las enaguas eran propios de la gente plebeya. Payno menciona las trenzas gordas y los rebozos de bolita

como muy de moda en la clase media.

El Viernes de Dolores era el día en que las mujeres guapas se vestían con sus ricos trajes de seda negra, con sus mantillas de punto francés, ostentando en sus peinados y en sus dedos diamantes y rubíes, y con el garbo natural y encantador de las mexicanas, se paseaban por las dos orillas del canal.

En la feria de San Juan de los Lagos se reunían de manera singular y curiosa las mujeres de los diversos Estados, cada región con sus propios vestidos: la mujer de Chihuahua, blanca como el alabastro, de abundante cabello negro, vestida con un traje azul hasta el cuello y pegado al cuerpo; una jarocho de Veracruz, una china de Puebla (que ya va siendo cosa rara) ampona, con dobles y triples enaguas, su castor encarnado con lentejuelas de oro, su rebozo al hombro y su pierna desnuda.

Era como un desfile de trajes de diferentes y lejanos países.

---

Altamirano: pp. 25, 31, 33, 34, 35, 143.

Inclán: t. I, pp. 115, 177, 288, 172; t. II, p. 102.

Payno: t. II, pp. 72, 73, 243.

## — LAS LEYENDAS —

Solamente en **Los bandidos de Río Frío** hay mención de leyendas. Este aspecto folklórico había sido tan popular que fué agotado por los viajeros que llegaron a México. Altamirano e Inclán no las hicieron caso, prefiriendo mostrar al mundo cómo era México. Pero Payno sí nos relató la leyenda que refiere cómo en la roca llamada Tepeyac había una divinidad azteca Tomatzín, una especie de Virgen genflica, a la cual venían a adorar en romería desde lejanas cien niños, desde un mes hasta dos años, que eran degollados en tierras multitud de indios. Hacían delante de la diosa labrada en un gran trozo de granito, muchas ceremonias y bailes, en determinado día del año, terminaban las fiestas religiosas con el sacrificio de cien niños, desde un mes hasta dos años, que eran degollados en una piedra de sacrificio, con navajas de pedernal y de obsidiana. La diosa no estaba contenta si no se la hacía el tributo de esta sangre inocente, y amenazaba con lluvias, con granizos, con truenos y con otras mil calamidades a los que se resistían a llevar a sus hijos. Las madres, no obstante sus lastimeros sollozos, se apresuraban a llevar a sus pequeños y lo entregaban a los feroces sacerdotes de la diosa.

El día menos pensado, después de algunos años de la conquista, la diosa Tomatzín desapareció del cerro y los sacerdotes espantados, aullaron y dieron saltos feroces y llamaron en su auxilio a Tláloc y a Huitzilopochtli, pero todo fué en vano. El padre de los españoles los contuvo y tuvieron que resignarse.

A los pocos meses, en vez de la diosa Tomatzín que exigía la sangre de los niños, apareció en el cerro una hermosa y modesta doncella vestida con el traje de las nobles indias, que prometió a los naturales su protección y exigía en vez de sangre, las rosas y las flores silvestres de los campos. (1)

En otra parte refiere la leyenda terrible de don Juan Manuel, que cada noche dejaba tendido en un lago de sangre al desventurado que pasaba a las once por un lugar elegido por él para sus fechorías; esta leyenda que se conservaba viva en la memoria de los habitantes de la capital. (2).

Y por fin, cuenta el milagro de la pequeña torre de la iglesia de los Angeles, donde hay pintada en una pared de adobe una imagen de la Virgen que se conserva todavía intacta, no obstante la humedad, lo cual la gente del barrio consideraba cosa sobrenatural. (3)

---

(1) Payno, M., *Los bandidos de Río Frío*, citado, tomo I, pp. 22-23.

(2) *Ibid*, p. 30.

(3) *Ibid*, p. 46.

## DINERO

Uno de los males del mundo consiste en que hay gente que tiene demasiado dinero para gozar de la vida mientras otros no tienen suficiente para sostenerse. Este conflicto, que es la causa de la miseria de la mayoría de los hogares, así como de algunas naciones, es el argumento de muchas de estas novelas y se encuentra dibujado con colores más vivos durante los momentos de guerra en que el pueblo deja de fingir sus sentimientos y nos permite verlo como es.

Payno en **Los bandidos de Río Frío** dijo mucho en cuanto al valor del dinero: "El dinero, hija mía, no sirve de nada para la felicidad de la vida", consejo que no necesitaba dar porque ella contestó: "Maldito mil veces el dinero que no ha servido sino para hacerme la criatura más infeliz de la tierra".

Bajo el punto de vista del aseo, de la comodidad y del lujo, nada tenía que desear Mariano pero ¿qué es todo esto sin la alegría del corazón y sin la paz del alma? (1) Más de una vez esta pregunta aparece en la novela. Don Remigio meditaba así: "¿Para qué sirven estas riquezas? La pobrecita condesa no las disfruta y su hijo perdido y tal vez pidiendo limosna, no verá nunca estas cajas de oro y de plata". ¡Cruelles ironías tiene la vida! También don Pedro al saber que había heredado del conde dijo: "¿Para qué me sirven ahora cien mil pesos? Mis hermanas se han marchado..." Igual con el Marqués del Valle Alegre: "¿De qué me sirve ahora? Antes, poco habría sido para rodear a Amparo con el lujo de una reina". (2)

En cambio, los que eran pobres sin la habilidad para ganar por sí mismos lo suficiente para vivir en paz con la sociedad en que se encontraron, sabían que la falta de dinero era igualmente cruel.

Podemos imaginar la situación de los empleados del gobierno... un gobierno joven,, acosado por las guerras civiles internas, con deudas y más guerra. Hacía ocho meses que los empleados no había recibido el pago de su oficio.

Los que no tenían otras posibilidades aprendieron a ganarse la vida con engaños. Evaristo al principio vivió bien robando la fruta de las huertas de sus marchantas. Antes, había pasado trece me-

ses trabajando, negando sus inclinaciones para hacer un trabajo de mérito con resultados negativos hasta que por fin lo vendió en doscientos pesos aprovechando la costumbre de "las mordidas" al ofrecer al portero de la casa del conde Saúz. "Si lo vendo en más de cien pesos, veinte son para Ud." (3) Aquel mismo practicó la costumbre de pedir adelantado y de engañar.

El gobierno, viendo la necesidad de quitar de las calles el sinnúmero de perros que había, pagaba un real por cada perro que mataban. Pronto se acabaron los perros o aprendieron éstos a esconderse por la noche, y los serenos tuvieron que contentarse con sus cuatro reales de sueldo y resignarse a dormir el resto de la noche... pues una vez que atizaban los faroles, ya no tenían ocupación ninguna; poco les importaba la seguridad de los vecinos. (4)

Peor era la situación del gobierno en cuanto al hospicio. Las provisiones mandadas para la alimentación de los internos eran tan podridas que dos de los muchachos murieron después de comerlas y muchos enfermaron por haberlas comido. Dos ratones ahogados en las aceitunas fueron tirados a la calle y el cargador siguió llenando la vasija diciendo: "Ya sabes que es para el hospicio, que nunca paga, y se le da lo mejor". (5) Era más conveniente y mejor negocio mandar al escribiente un surtido de lo mejor para su despensa propia. Entonces hacía la vista gorda para lo malo de las demás provisiones, el dinero. También servía para tapar las bocas en crímenes y en asuntos escandalosos.

Además ayudaba a obtener maridos. Coleta y Prudencia eran feas de encargo y viejas pero ricas... y esto bastaba para que tuviesen pretendientes a montones. Buscaban con extranjeros que las llevasen a París, y sus deseos fueron colmados cuando una se casó con un peluquero francés y la otra con un italiano que vendía figuras de yeso. El francés llegó a ser comendador de la legión de honor, se tituló marqués del Volcán y fué recibido en los mejores círculos de la sociedad parisina. El otro llegó a llamarse el príncipe de Rustipeli y habitaba una elegante quinta en las cercanías de Florencia. (7)

Payno criticó mucho a "los ridículos personajes que porque tenían unos montones de pesos ganados con la usura y el agio, se figuraban grandes hombres, se titulaban ellos mismos aristócratas y no trataban más que con ministros extranjeros y cónsules y veían con el más alto desprecio al resto de la sociedad mexicana". (7)

A todos, aun a los más pobres, la cuestión del ahorro y de la economía les era enteramente desconocida. Sin pensar firmemente en los días siguientes, Evaristo decía a su mujer: "Aquel dinero es para deudas y para pasearme y descansar los domingos y los lunes". En media hora todo su dinero había pasado a otros bolsillos porque, medio borracho, la echó de generoso, dejando en casa a su mujer sin bastante aun para los frijoles. (8)

Altamirano habló poco del dinero pero deja mucho que pen-

sar de las virtudes encontradas en Nicolás y Pilar frente al vicio del Zarco y Manuela. La madre sabía el valor del honor sobre el dinero: "Eres una pobre muchacha aunque tengas carita blanca. Tu crianza ha sido humilde. Te hemos enseñado a amar la honradez, no la figura ni el dinero: la figura se acaba con las enfermedades o con la edad y el dinero se va como vino. Sólo la honradez es un tesoro que nunca se acaba". (9)

Allá en el cuartel general de estos bandidos Manuela aprendió que nada había más inseguro que este dinero de ladrones. Sus alhajas nunca le parecieron más en peligro que en ese lugar. Puesto que sabemos que la mujer ama las alhajas por el placer de ostentárselas en público, aquí no podía lucirlas y poco valían enterradas en la tierra. (10) Por otra parte, bien dice Inclán: Ladrón que roba a ladrón gana cien años de perdón.

Inclán en su novela también mencionó el valor del dinero. El Coronel hablando con Lorenzo dijo: "Es preciso que sepa ganar el peso con el sudor de su frente y sepa conservar intacta la honra de sus padres". (11). Entonces era media talega la fortuna de un pobre.

Don Epitacio, temiendo que Lorenzo ganara el tesoro de su sobrina, mintió a la justicia y se puso en ridículo con el pueblo. Su víctima, confiada en el poder de éste dijo: "La suma cubrirá bien las faltas que hay en la testamentaria". (12)

Pero los hombres de honor lo tenían en más estima que al dinero. Inclán puso en boca de sus charros esta expresión: "Somos hombres de bien aunque pobres". Más tarde: "No sólo se encuentra la ventura con el dinero"... Primero es la amistad que el dinero". "Al ver que me paga, dejo de sentir aquel placer, aquella grata satisfacción que se tiene en el alma cuando se hace una obra de caridad". (13)

Dinero... una necesidad y una maldición; que si no se le tiene se hace necesario, y si hay demasiado trae el engaño y la desgracia. Pero el dinero más bendito es el que se agradece con esas palabras famosas: "Dios se lo pague, amigo".

(1) Payno, *Los Bandidos*, t. I, pp. 86, 41, 295.

(2) *Ibid*, t. I, p. 287; t. II, pp. 427, 428.

(3) *Ibid*, t. I, pp. 73, 87.

(4) *Ibid*, t. I, p. 48.

(5) *Ibid*, t. I, pp. 119, 121.

(6) *Ibid*, pp. 9, 239.

(7) *Ibid*, t. II, 437 (los dos).

(8) *Ibid*, t. I, pp. 73, 86, 96.

(9) Altamirano, *El Zarco*, citado, p. 23.

(10) *Ibid*, p. 115.

(11) Inclán, *Astucia*, t. I, pp. 127, 125, 75.

(12) *Ibid*, pp. 63, 79.

(13) *Ibid*, pp. 80, 125, 500, 362.

### La Mujer.

El papel de la mujer en estas novelas es el de la mujer idealista. Presentan las tres cualidades indispensables de una mujer, escritas por un inglés en **El Monitor Republicano** de 1850:

En primer lugar debe parecerse al caracol que guarda constantemente su casa; pero no debe hacer como este animal, que lleva sobre su cuerpo todo lo que tiene.

En segundo lugar, debe parecerse a un eco, que no habla más que cuando le hablan a él; pero no debe, como el eco, tratar de hablar siempre al último.

Y finalmente, debe ser como el reloj de la ciudad, de una exactitud y regularidad perfectas; pero no debe, como el reloj, hacerse oír en toda la ciudad.

**Astucia** tenía mucho que decir de las fatigas de la mujer trabajadora de aquel tiempo, su modo de vivir y pensar: "Las mujeres son de la casa, los hombres somos de la calle, pero el honor de una mujer es un espejo que todo el mundo debe ver siempre limpio". Su mujer ideal era de honra y provecho, la que lloró: "Lamentaré mi desgracia pero no vendo mi honor". (2)

En estas tres obras se halla pintada la mujer ideal, ideal porque es mujer. Sufre en silencio con el pensamiento de que "con paciencia se gana el cielo". (3) Aguanta los vicios y las crueldades de su hombre hasta la muerte. Estas son las buenas, las virtuosas, las candorosas. Defiende a sus seres queridos, los protege y aun roba para darles de comer. Pintan al sexo débil tornándolo fuerte, porque ¿no son los pilares en los portales los que dan consistencia al edificio y más fuertes aunque menos notables que el techo mismo? ¿Y no tienen que ser más fuertes ellas que aguantan los sufrimientos y pesadillas de su tiempo? Su fuerza proviene también de sus defectos, como dijo Lorenzo: "Las lágrimas me hacen mucho daño; me parten el corazón". "... y qué miedo me da ver a una mujer celosa".

Lorenzo consideraba a su familia como el tesoro más grande del mundo y decía: "He aquí cuál es la verdadera felicidad: El amor más puro y la determinación más noble". (5)

La mujer mexicana era como la de España: la mujer más buena del mundo. Se dedicaba al hogar, era el centro de la familia y una buena esposa en toda la extensión de la palabra: diligente, cuidadosa, y alegre, pero sabía sufrir con valor estoico. Se quedaba en casa vigilada por el honor del padre y del hermano.

Y este ideal de la mujer mexicana todavía no ha muerto. Sigue, como antes, obedeciendo los deseos y los mandatos del esposo. La mujer nacida para el hogar no es tan común en otras partes del mundo, pero en México sigue teniendo sus tres grandes ideales: la casa, los hijos y la Iglesia. La explicación que creo tener para ello es que la gente siempre pretende ser de carácter igual a la opinión que el público y los escritores por el respeto debido a sus madres, a sus esposas, a sus novias y a sus hijas han idealizado. Ellas, por respeto a los hombres, se han perfeccionado hasta llegar al nivel de este ideal, muy de acuerdo con el refrán de Inclán que dice: "La mujer vale por la honra, y el hombre por la palabra".

---

(1) *El Monitor Republicano*, México, 30 de octubre de 1850, p. 2.

(2) Inclán, *Astucia*, citado, tomo I, pp. 20, 89, 456, 530.

(3) *Ibid*, p. 536.

(4) *Ibid*, pp. 86, 67, 55.

(5) *Ibid*, p. 139.

## FAUNA Y FLORA

Payno tenía algo de naturalista. No sólo habla en sus libros de la flora sino también de la fauna.

Explica en pormenores los hábitos de las arañas. Relata cómo los zopilotes circulaban sobre el cuerpo de un niño abandonado en la viña. Explica la comida de los macehuales consistente en ranas, pescado y huevos de mosquitos. Por sus páginas desfilan las lagartijas, los sapos, y las catarinas que sirvieron de juguete al niño Moctezuma.

Habla de los poderes curativos de las hierbas y de las que se empleaban como perfumes en los baños. Describe la lucha de los serenos contra los perros y cómo los mataban sin compasión alguna para así obtener el premio del gobierno que vió la necesidad de acabar con ellos.

Altamirano también se refiere a la botánica, al hablar de los azahares protegidos por sus espinas, de las rosas blancas y las cáldulas rojas. Menciona el zapote, las trepadoras, las ortigas, los cactus de tallos esbeltos, la frondosa adelfa cubierta de flores aromáticas y venenosas. Describe la tierra como fértil y amena, rindiendo al agricultor el ciento por uno en caña de azúcar, maíz, algodón, índigo y café.

---

Payno: t. I, pp. 14, 15, 8, 47, 51, 90, 245.

Altamirano: pp. 11, 16, 34, 35, 42, 110.

## LAS COMIDAS

Prieto en sus **Memorias** recordó a Payno preparando un asado con toda la propiedad de la cocina inglesa. Relató que "cuando la pasión culinaria agitaba a Payno, aquello era estupendo; el mechado y la trufa, los pickles y los hongos, el asado y la fritura competían, y al recibir el bautismo de las más atrevidas innovaciones, resultaban confecciones sorprendentes, muchas de las cuales podían figurar entre los tósigos mortales sin las adiciones y agregados que las hacían sabrosas y sanas". (1)

"Payno con su vestido adecuado, su delantal albeando y su gorro bombacho de breaña, en esas faenas no habría cambiado por los sabios o guerreros más aplaudidos del mundo". (2)

Al escribir su novela, Payno se hallaba en Europa pensando en su tierra natal y una nostalgia honda le enfermaba al recordar la abundancia de México y sus comidas.

Lamparillo hablando de Cecilia, pensaba por Payno: "¡Qué comida! ¡qué guisos tan sabrosos! Yo creo que si San Pedro tiene gusto, no comerá en el cielo más que a la mexicana" (3). Conocemos sus gustos cuando habla de los huevos con longaniza fresca de Toluca, rajas de chile verde, chícharos tiernos, tomate y rebanadas de aguacate, tortillas pequeñas de buen maíz de Chalco, caldo de limón, sopas de fideo, puchero con calabacitas de castilla, albóndigas, torta de zanahorias, fruta, postre de leche, cabrito en barbacoa; el extraño guisado de huesos de manitas de carnero, de toro, de puerco, de patos y de alones de pollo, cilantro, habas verdes, aguacate y tornachiles, puchero, gallinas enteras, jamón, trozos de ternera, garbanza, verduras de variados colores y perfumes, ensaladas, pan, arroz blanco, lomito de carnero asado, un molito con chilitos verdes, frijoles refritos... "ni en las cocinas del cielo hacen otra comida mejor" (4). Recuerda además las tortillas celebradas por su sabor que no se encuentran en ninguna otra parte del mundo más que en la plaza del santuario en la Villa de Guadalupe. (5) Y para beber con tales comidas: una copa de jerez, pulque curado, o un vaso grande de agua destilada, chocolate con un estri-

bo o una rosca, y una taza de yerbabuena o de café. Mencionó además: tlachique, aguardiente y los compuestos del pulque, tales como sangre de conejo (con azúcar y tunas coloradas), la chillona, la bailadora, y la petenera. Estos últimos se hallan en pulquerías como "Los Pelos" (6)

Recuerda también que la base de la alimentación de los humildes era el maíz en sus diversas preparaciones de atole, tortillas, chapulitas, tamales, etc. A esto se añadía el chile, el tomate, el frijol, la leche, la carne, el pan y los bizcochos. —"¿Qué será mejor que chapulitas con carne de puerco?" (7)

Y así continúa el pueblo de México su dieta de antaño con el maíz, el germen de México, que los conserva sin canas y con excelente dentadura.

Altamirano habla muy poco de la comida: manojos de zacate de maíz tomado en Xochimancas con botellas de aguardiente. Añade que el aguardiente es fuerte y desagradable y por ello lo llama el vulgo **chinguirito**. (8).

Inclán también apenas si hace alusión a la comida. Sin embargo de ello habla del pan, de las sardinas y de los bizcochos; de la fruta como pitayas, garambulos, limas y guayabas; de platillos y condimentos regionales como barbacoa, enchiladas, nata, queso fresco, y para beber:—tepache, chocolate, vino, chinguirito y aguardiente. Pero por lo general solamente anota: "La comida estuvo abundante y bastante bien servida". (9).

Y así, estas tres novelas nos dan idea de la alimentación de entonces, y la razón de la nostalgia del señor Payno recordando a México y su abundancia culinaria.

---

(1) Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, Bouret, México, 1906, tomo II, p. 106.

(2) *Ibid*, pp. 306, 307.

(3) Payno, *Los bandidos*, citado, tomo I, p. 239.

(4) *Ibid*, p. 237.

(5) *Ibid*, p. 22.

(6) *Ibid*, p. 93.

(7) *Ibid*, pp. 7, 10.

(8) Altamirano, *El Zarco*, citado, p. 108.

(9) Inclán, *Astucia*, citado, tomo I, pp. 164, 328.

## LA SALUD

Prieto en sus memorias, da una lista de las ocupaciones de entonces y del número de los que las practicaban. Contaba que la estimación y prestigio de que habían gozado los médicos en la época de grandeza de los aztecas, casi había desaparecido.

Comprendemos que la Facultad de Medicina en ésta época era un centro incipiente de estudios y por lo tanto la carrera no estaba bien organizada. Graciosa es la descripción que hizo doña Pascuala en la conferencia sobre ésta facultad; pero más lo era aún el famoso médico que había prometido a la señora hacer todos los esfuerzos posibles para que el nuevo ser que ella esperaba fuese niña. Más adelante introdujo en su novela un practicante honrado para restablecer así la debida estimación a esta carrera, siempre necesaria, y quitarnos cierto sabor a charlatanería.

No dejó tampoco de apreciar la habilidad de las brujas con sus yerbas y brebajes y de reconocer el importante papel que han desempeñado entre la gente humilde y la confianza y respeto que ésta les ha tenido. La enfermedad siempre está con el pueblo y en cada una de estas tres novelas se mencionan problemas de salud. En **Astucia** se habla de las aguas termales de Purúa por creer en la acción curativa que ejercían sobre el reumatismo. Se menciona también el uso de la hierba balsámica para las enfermedades del pulmón y otras hierbas conocidas por los indígenas como estimulantes del sistema nervioso y que administradas en las comidas atacan el cerebro produciendo amnesia pasajera. (1)

Halamos en estas novelas la frecuencia de horrores que robaban a la gente la tranquilidad y les provocaban alteraciones nerviosas que, en algunas ocasiones, producían locura. Esto sucedió con Clara, la esposa de Pepe el Diablo, quien dijo de su niñez: "Jamás fuí dueña de un juguete, de un rato de distracción, ni de estrenar un trapo". (2) Su historia era la de la cenicienta, y como ella, halló tranquilidad al casarse, olvidando las penas pasadas y sensaciones violentas que le habían afectado el corazón.

En **El Zarco**, la esposa de Martín Sánchez enloqueció durante al-

gún tiempo al encontrar su hogar hecho cenizas y muertos algunos miembros de su familia. (3). Doña Antonia decía: "La vida me aflige, me entristece, me desespera y acabará por enfermarme. Me voy a morir de miedo un día de estos". (4) Cuando la desgracia llamó a su puerta estaba demasiado débil para resistir el golpe, y murió a consecuencia de un ataque cerebral.

En la obra de Inclán, *Ástucia* recibe cincuenta y nueve terribles heridas, tres de las cuales en otro habrían sido mortales. (5)

Manuela se sintió morir de dolor al saber la noticia de la muerte de su madre y no hacía otra cosa más que llorar en silencio. Al final de la novela cuando vió colgado a su amante se llevó la mano al corazón, dió un grito agudo y cayó muerta al suelo. (6).

Con orgullo Altamirano describía la salud de los rancheros. Martín Sánchez contaba con una de esas robustas y vigorosas naturalezas que sólo se ven en el campo y en la montaña, fortalecidas por el aire puro, la sana alimentación, el trabajo y las buenas costumbres. Altamirano mismo siempre estuvo orgulloso de sus pulmones montañoses. El 19 de diciembre de 1863 en una carta decía al general Francisco Leyva, refiriéndose a sus trabajos de campaña... "he escrito cosa de veinte pliegos y sólo mi puño de hierro y mis pulmones de mármol pueden aguantarme..." Cada vez que se le presentaba la ocasión, refería que en su infancia, transcurrida en el dulce valle de Tixtla acostumbraba mascar trozos de resinoso ocote, con lo cual se habían robustecido sus pulmones. (7)

---

(1) Inclán, t. I, pp. 61, 519.; t. II, p. 113.

(2) *Ibid*, t. I, p. 269.

(3) Altamirano, p. 139.

(4) *Ibid*, p. 18.

(5) Inclán, t. II, p. 290 .

(6) Altamirano, pp. 136, 137, 158.

(7) Benítez, F., "Muerte de Altamirano", *El Nacional*, 13 de feb. de 1938, sec. 2, p. 1.

## LA EDUCACION

En cuanto a la educación de entonces, Payno con un sentido realmente crítico escribía: "El Estado con sus fondos o con los especiales consignados a la instrucción pública tenía colegios donde se enseñaba latín, lógica, metafísica, leyes, cánones, teología y algunas otras materias tan inútiles para los que no abrazan la carrera eclesiástica. No había ninguna enseñanza de idiomas, muy poca de ciencias hasta que se estableció la escuela de Medicina y en cuanto a oficios mecánicos no había un sólo establecimiento donde pudiese la gente infeliz aprender algo para ganar su vida en la baja esfera en que la había colocado la suerte". (1). La llamaba un sistema negativo y continuaba diciendo: "Así hemos estado atrasados en las ciencias, en las artes y en los trabajos mecánicos hasta que se estableció el sistema de instrucción pública exuberante en la enseñanza superior y mezquino, insuficiente y exiguo en la primera" (2) y más adelante: "En esa época los muchachos tenían dos objetivos para la mayor edad: el de ser padre (fraile o clérigo) o soldado. Hoy los horizontes son más amplios y el porvenir más seguro y rápido con lo político". (3)

Para criticar el gasto inútil del día de San Lunes, escribía:

"Los hijos andan sin zapatos, sin poder ir a la escuela, faltando cuartilla para comprar una tabla de cuentas y un silabario". (4).

La educación de las masas era sencilla. Los padres de muchachos pobres les colocaban en la casa de un artesano para que les enseñase un oficio, y en cambio quedaban bajo el absoluto dominio del maestro como contrato de esclavitud al que, los que tenían poder de hacer cambiar la situación cerraron los ojos. Estos hijos del pueblo eran hábiles y dotados de gran talento natural, aprendían con facilidad todo lo que se les enseñaba, poniendo especial interés en aquello que más les agradaba. Sobraban aprendices en las zapaterías, las hojalaterías, las carpinterías y aun aprendices extranjeros para las sombrererías de dueños no mexicanos. (5).

Algunas veces los padres tenían que prometer no ver a sus hi-

jos más que una vez a la semana, ni reclamarlos a cambio de que el maestro los mantuviera y enseñase. La vida de los jóvenes no era fácil si daban con maestros crueles.

La educación de la mujer tenía grandes límites. Por lo general sabía leer, escribir, dobladillar, bordar y algo de catecismo. Mariana, aunque hija de noble casa, carecía de cultura, encerrada siempre en su recámara con el bordado y la costura. A las nueve de la noche entraba en su lecho, cansada, sin haber hecho nada, desesperada, aburrida y pensando siempre que todos los días sería lo mismo. Casilda, por entrar en el convento de San Bernardo, aprendió a hablar con cortesía pareciendo una mujer de cultura. En cambio, Cecilia, adquirió la suya en los mercados, la escuela de la experiencia que aunque más dura dió resultados más profundos. (6).

Vemos con Payno e Inclán que no era problema sólo de clase sino de educación el relativo a proporcionar trabajo honesto a los pobres y goces legítimos a los ricos. Ambos describen a la gente ordinaria y desalmada como superior en valor y audacia aunque muy inferior en nacimiento, condición y situación social. Puso Payno en boca de un juez de ideas liberales estas palabras: "Porque se figuran nobles del tiempo de los virreyes y tienen un carruaje que acaso lo deben a los carroceros, se figuran que pueden hacerse justicia por su mano. Yo trato a todos iguales. **Alguna vez ha de ser cierta la verdadera libertad**". (7). Estas raras palabras eran los resultados de una pelea entre el artesano Evaristo y el conde a quien quiso vender una almohadilla en la calle. No podía sufrir que despreciara la obra de su paciencia, de su inteligencia después de que había empleado trece meses en hacerla, y menos que le pagasen dos pesos por todos esos meses de esperanza y trabajo. El conflicto terminó con las palabras del conde: "si no se castiga fuertemente a estos insolentes, un día nos van a comer vivos". (8). El aguilita (policía) no era tan liberal como el juez y sabía bien que los de frac y levita no estaban acostumbrados a ir a la cárcel. Así que se llevó Evaristo, dejando al otro en libertad.

Inclán hizo que Lorenzo se negara a casarse con Refugio porque ahora era la hija adoptiva del coronel y el trato, la sociedad, y sobre todo la buena educación la ilustraron y convirtieron en una verdadera señorita. (9).

Todos los charros al contar su vida dan importancia a la habilidad de leer, escribir y hacer cuentas. Respetaban el convento como la mejor escuela para las mujeres y la escuela de experiencia para los hombres. Como dijo el coronel a Lorenzo: "Su corazón de fuego necesita refrescarse con los golpes de la experiencia". (10).

Casi no se menciona la educación en **El Zarco**, pero nos da su concepto Altamirano en estas palabras: "El estudio y los sufrimientos son las coronas del saber y de la virtud". (11).

Así vemos que, aunque apenas nacida la República, los hombres políticos y cultos de la época veían la necesidad de educar a

su pueblo y hacían todo lo posible por establecer escuelas, valiéndose de uno de los mejores métodos conocidos: el del aprendiz, que hoy día se emplea en las escuelas más avanzadas de los Estados Unidos como el mejor y más moderno método.

- 
- (1) Payno, **Los Bandidos**, citados, tomo I, p. 57.
  - (2) *Ibid*, p. 59.
  - (3) *Ibid*, p. 65.
  - (4) *Ibid*, p. 91.
  - (5) *Ibid*, p. 57.
  - (6) *Ibid*, pp. 81, 41, 34.
  - (7) *Ibid*, t. I, pp. 51, 71; t. II, p. 102.
  - (8) *Ibid*, pp. 68, 69.
  - (9) Inclán, **Astucia**, citado, tomo I, p. 122.
  - (10) *Ibid*, tomo I, p. 105.
  - (11) Altamirano, **Aires de México**, citado, p. 6.

## — EL EJERCITO —

Según Payno, los muchachos en esta época tenían dos fines al llegar a la mayor edad, el de ser sacerdotes o la milicia; los dos eran muy populares.

La práctica de conseguir reclutas por medio de la leva se hacía con mucha frecuencia dada la situación en que por aquel entonces se encontraba el país. A los jóvenes reclutas se les cortaba el pelo conforme a la ordenanza, se les ponía una gorra de cuartel y se les ataba codo con codo y así los pasaban al corral para formar parte de la cuerda. Si se portaban bien y sabían escribir, pronto eran ascendidos a cabos.

En Yautepec el pueblo estaba acostumbrado a recibir al ejército y a proporcionar raciones a los soldados y forraje a los animales.

La ley del ejército tenía que ser dura. Si un soldado no cumplía con su deber aunque tuviese influencias con el jefe, era fusilado en el acto; pero también podía el indisciplinado ser dado de baja en el ejército y en este caso salvaba la vida cambiando de nombre.

Otro de los métodos para reclutar tropas consistía en alquilar los servicios de un grupo de hombres, dando a su jefe el título de capitán de rurales o capitán del ejército como el Zarco y Evaristo o de jefe de la Seguridad Pública como a Astucia y a Martín Sánchez.

Cada Estado tenía su ejército con el deber generalmente de proteger más al gobernador que a la gente del Estado. Esto sucedió con el gobernador de Guanajuato y fué Astucia quien tuvo que proteger al pueblo; así lo hicieron en el Estado de Puebla, pues los granaderos estaban más interesados en su gorra de piel de oso que en la seguridad del pueblo.

Altamirano pinta al ejército avergonzándose de que el gobierno tuviera que emplear a los soldados contra el peligro de ataques extranjeros en vez de proteger al país y conservar su paz interna.

Describió la llegada de una fuerza de caballería del gobierno con órdenes de perseguir a los bandidos. Los soldados del gobier-

no estaban muy mal equipados con uniformes hechos pedazos y cubiertos por el polvo del camino; los caballos escuálidos y las sillas viejas. Su comandante atacaba solamente a la gente indefensa, fusilando y amarrando a los vecinos con el fin de no presentarse en Cuernavaca con las manos limpias de sangre. Su plan consistía en marchar durante todo un día, descansar otro y regresar. Al escuchar por boca de un indio noble, humilde que su deber era prestar servicio a la justicia y acabar con los plateados, restableciendo la seguridad en toda la comarca, se dió cuenta de su indebido proceder y pensó vengarse por medio de la ley fuga, en el camino, al caer la tarde.

Así era la vida del ejército en aquella época.

---

Payno, M., *Los Bandidos*, citados, tomo I, pp. 65, 40.

Payno, M., tomo II, pp. 62, 63, 119, 106, 138.

Altamirano, *El Zarco*, p. 70.

— LA LEY —

Al criticar alguna de las costumbres y las malas bases del gobierno, Payno definió el abuso de autoridad como un factor que destruía la felicidad de los habitantes y confundía sus aspiraciones caritativas.

Pintó a los jueces como hombres merecedores de mayor castigo que los mismos prisioneros. Mostró que algunas veces juzgaban sin pensar en la justicia. Citó para el caso la historia de un abogado sin título que llegó a ser una de las autoridades más poderosas; tan poderoso, en efecto, que fué víctima de su propia ponzoña, y hasta pasó algunos años en las cárceles políticas.

Nos dió a conocer las injusticias de los poderosos contra los humildes que siempre resultan dañados y sin moral, pues para olvidar su amargura, su condición humilde y su humillación se entregan a los vicios más bajos.

Escribió sobre los aguilitas, individuos de la policía especial del Municipio, que vivían más bien de "las mordidas" que de su sueldo; de los escribanos que hacían con los reos lo que les venía en gana. Se entendían perfectamente con los pillastres que les hacían sus regalitos. Los condenados aprendieron a dar testimonios falsos y los testigos mentían y daban direcciones equivocadas para no mezclarse con la justicia. Habló de la administración sin deseos de atender a los que llegaban a las oficinas, haciéndoles esperar horas enteras y atendiéndolos únicamente para quitárselos de encima. Nos introdujo en un juzgado para escuchar el relato del crimen y encontrar a los abogados, a los notarios, a los curiales y a los pasantes durmiendo profundamente para matar el tiempo.

Entramos con Payno al Volador para observar al administrador imponer multas, regañar, gritar y mandar a los que no eran sus consentidos y ver cómo quitaba por la fuerza a los indígenas las mantequillas y quesos, haciéndoles tan difícil como imposible ganar lo poco que necesitaban para su sostén.

Nos presentó a jueces honrados por el público, pero cuyos hechos se contraponían a esta estimación.

Para que supiéramos que había otros administradores de justicia, nos presentó a un juez liberal que decidía en favor de los pobres y les ayudaba tanto como le era posible. Este honorable juez era don Pedro Martín quien denunció ante el presidente al coronel Juan Yáñez, sacrificando con ello su propia felicidad y el honor de su familia, para que la patria tuviese la paz por él deseada.

Astucia era también protector de los derechos de los débiles contra las añagazas y corruptelas del poder público e hizo conocer que ante la ley justa no había ricos ni pobres, que la ley es para impartir justicia, escuchar y valorar la queja y castigar al culpable. Se hizo jefe de la Seguridad Pública para desterrar revolucionarios y colgar bandidos. Formó a sus soldados, los armó y vistió con chamarra, sombrero de petate y camisa, para reconocerse durante la pelea.

Las tropas activas del Estado eran sólo para sostener al gobierno y las permanentes no merecían confianza. Algunos desertaban y se convertían en los peores bandidos. Con Astucia al frente del gobierno dijeron los hacendados: "Ahora tenemos manos puras y antes había puras manos. Desde aquí comenzaba el agua de este manantial a resumirse, la sangre social tiene más sanguijuelas que le chupan la sangre humana".

En el Estado de Michoacán empezaron en sus años de paz a establecer escuelas hasta en el pueblecillo más apartado y miserable e hicieron otras obras públicas para beneficio general. Reedificó el puente de Tuxpan; compró en tierras lejanas semillas para vender al costo a sus rancheros y así su valle pudo escapar del hambre que había en el Estado. El pueblo se volvió tan honrado y estaba tan vigilado que hasta los artículos hallados en el camino no se perdían, quedando colgados en los árboles hasta que los recuperaba su dueño.

## EL BANDIDO

El bandido por su ignorancia se había forjado juicios extraviados respecto a la felicidad, y para ganarla había violado las leyes de la naturaleza y las buenas costumbres. Había confundido los conceptos del bien y del mal, de la vida y de la perversidad y moría de una manera violenta, todavía buscando la felicidad de la vida sin encontrarla.

Así era el Zarco, sin saber mejor manera de sostenerse que la del robo, del asesinato, de la rapiña, de la violencia, había hecho tales ocupaciones una profesión especial. Desde muy niño se preparó a ser bandido. Por la codicia había cerrado su corazón y su discernimiento a la bondad y a sus congéneres. No amaba a nadie más que a sí mismo, y eso sin su propio respeto.

Siendo ya hombre, había saltado por encima de todos los derechos para arrebatarse a sus semejantes su bienestar y tranquilidad.

Los bandidos de tierra caliente eran sobre todo crueles. Sus asaltos se traducían en las consiguientes matanzas, raptos, incendios y exterminio. Cometían toda clase de crueldades por instinto, por brutalidad. Se habían organizado en grandes partidas de cien, doscientos y hasta quinientos hombres, viviendo sobre el país, imponiendo fuertes contribuciones a las haciendas y a los pueblos. La gente temía pero sus dolores no tenían más lenitivo que la esperanza.

Cuando necesitaban una fuerte cantidad de dinero, se apoderaban de un cargamento de azúcar o de aguardiente, o de un dependiente rico y les ponían a rescate. En esto, según Altamirano, los bandidos no tenían toda la culpa puesto que muchos de sus crímenes, especialmente el plagio, (secuestro de personas a quienes no soltaban sino mediante un rescate) había sido introducido por facciones políticas y con pretextos —también políticos— por el jefe Cobos.

Cuando querían imponer contribuciones a una hacienda, quemaban un campo de cañas y cuando querían infundir pavor a una población, asesinaban al primer infeliz que encontraban en sus orillas. El terror hizo de los débiles, gente sumisa y buena ayer, otros

bandidos y que ahora incendiaban, robaban y mataban fría y tranquilamente como si no hubieran hecho otra cosa en su vida. Su sangre india les daba una falta del temor a la vida y a la muerte, y dominados por la manía de aventuras peligrosas, arriesgaban la vida para robar por placer. Si hallaban cosas inútiles, las echaban a la calle para tener el gusto de verlas destrozarse.

Por este tiempo su cuartel general se hallaba en Xochimancas, hacienda antigua y arruinada, situada estratégicamente para evitar cualquier sorpresa. La noche es favorable a los malhechores, pero está llena de peligros y de terrores también para ellos si descansen. Así que tenían sus guardias, sus espías, pero los jefes dormían sin dejar de estar alerta. Tenían cañones con los cuales podían sitiar a las haciendas y a los pueblos.

Para divertirse tenían músicos y buscaban en la embriaguez y en el juego, el olvido de sus remordimientos o los únicos placeres de su vida infame.

Payno presentó también otros bandidos. Pintó una semejante al Zarco con el nombre de Gonzalitos que se estableció en el camino de Ixtlahuaca a Toluca. Sabiendo que la ocasión hace al ladrón, Payno como psicólogo que era, hizo que Evaristo fuese al monte de Río Frío, monte inexpugnable en el que esperó hallar otros criminales como él. Allí robaba sin peligro, evitando la persecución y logró al fin ser uno de los bandidos más famosos de aquella región. Su vida era de pasión más que de comodidad racional y por fin se contagió del veneno que destilan las almas, vertiendo sangre y más sangre para remediar sus yerros. Evaristo, que un día había sido héroe y capitán de los rurales, finalmente fué reconocido como traidor y su fin trágico estuvo de acuerdo con su vida y con el medio de la época en que vivió. No tenía derecho a la paz.

Relumbrón tenía la vida llena de peripecias, peligros, amarguras y vicisitudes propios de todo mortal que queda huérfano. Se aprovechó de su posición social y política para cometer todos los robos imaginables. Su vida está escrita en la historia de México bajo el nombre del coronel Yáñez.

En Astucia hallamos otra clase de bandido, bandido éste porque así se considera también el primer rebelde contra una injusticia o contra una ley mal aplicada, o contra la mala o desigual repartición de la riqueza. De este género brotan los héroes del momento, corifeos de las masas que se conocen como bandidos de "la balanza" y dan al pueblo una existencia cómoda y un vivir humano. Astucia y sus cinco hermanos contrabandistas, odiaban la injusticia que les imponía el gobierno y se organizaron contra su poder, haciendo de su historia una acción épica y de sí mismos caracteres llamativos, en guerra con la sociedad. Tenían aspectos muy notables de ideal, de ingenio y de patriotismo. Eran hombres de energía y de acción, animados por un vehemente deseo de mejoramiento, como venganza de una defectuosa organización social. Su

lucha era una tragedia que hizo trágicas a sus víctimas. Cinco murieron por el bien de México, confundidos por la generalidad con los ladrones y bandidos, cuando habían sido todo lo contrario: perseguían de muerte y colgaban a cuanto bandolero encontraban; los ahuyentaron de sus madrigueras y acabaron con el comercio de los contrabandistas que ellos consideraban justo y lícito. Eran muy queridos, respetados y aun celebrados por cuantos les conocían.

---

Altamirano: pp. 14, 15, 21, 22, 31, 35, 46, 51, 102, 107, 117, 123.

Payno, tomo I, pp. 39, 46, 83, 101, 168, 174, 266, 273; tomo II, pp. 96, 306.

## EL CASTIGO

Payno, como experto en el estudio de criminalología y por sus experiencias personales por haber sido prisionero político, retrató y criticó las prácticas que se encontraban en las instituciones penales de México.

Le acompañamos a una casa de caridad, el hospicio de los pobres, y vemos los ochenta o cien muchachos vestidos con ropa vieja y sucia de la casa. Les vemos comer comida podrida con la cual mueren dos, y enferman veinte. Sentimos el castigo de Juan encerrado en el cuarto oscuro por días, olvidado, hasta que por fin alguien lo recuerda, creyendo que seguramente había muerto de hambre o de humedad. El administrador era un antiguo militar poco entendido en las cosas administrativas, que dejaba a su secretario todo el cargo. Los muchachos que eran buenos al llegar saíeron instruidos en el arte del robo. Eran víctimas de un gobierno que en sus frecuentes cambios no tenía el interés ni el tiempo para mejorar la situación y enseñar a los infortunados una manera decente de ganar la vida.

Con tales prácticas sería imposible que se respetara la ley. Había injusticias y multas en cada caso. Todo era para ganar dinero y desilusionar a la gente. Una vez, Bedolla pidió la muerte para unas víctimas inocentes solamente para demostrar que era hombre de hechos tanto como de dichos. Demostró Payno que continuaría el crimen en las calles hasta que se cambiara el sistema de gobierno y hasta que la clase media fuese instruída y mejorada en su modo de vivir; que el crimen es el resultado de un medio ambiente malo y que el remedio está en las manos del gobierno.

Sus retratos de las cárceles son aún peores. En esto son iguales Payno e Inclán.

Alejo Delgado, (**Astucia**) fué puesto en un inmundo calabozo con otros casi desnudos, quejándose de hambre. Al sentarse se halló en un nido de chinches que, como hormigas, subían por todas partes. Pronto se sintió con fiebre y aunque quejándose, tuvo que soportarlo hasta que llegó su padre a sacarle. Esa no era cosa fá-

cil puesto que el juzgado estaba cerrado en día de fiesta y tenían que buscar al juez y convencerle de la inocencia de Alejo. Al obtener su libertad, fué al río para bañarse y mandó lavar su ropa antes de comer el almuerzo que le envió su madre.

Evaristo, (**Los bandidos de Río Frío**) fué enviado a la cárcel por pelear. Llegó Cecilia (como lo hizo Pilar con Nicolás en **El Zarco**) con su comida. La mujer buena y fiel vela por el merido, le lleva de comer cuando está preso, sube y baja llorosa las escaleras de la Diputación para conseguir la libertad del marido. Pero Evaristo tuvo la suerte de ser juzgado por un Gobernador de ideas liberales y pronto se halló en libertad.

Otra vez vemos la cárcel cuando el abogado Bedolla, creyéndose invencible, fué aprehendido y condenado como traidor. Se quedó desterrado de la capital en una cárcel de Querétaro durante algunos meses y por fin enviado a la isla de Caballos donde lo dejaron con un cántaro de agua y unas galletas duras. Los mosquitos hambrientos cayeron en nubes a recibirlo. Más tarde fué trasladado al castillo y alojado en un buen pabellón. Allí recibió mejor trato que el que merecía.

Astucia retrató la cárcel ideal. Fué prisionero del gobierno en un pueblecito. Allí se hizo amigo del prefecto y gozaba de privilegios. Con su dinero y el de sus amigos y compañeros de prisión, transformaron la cárcel inhumana en un lugar cómodo y saludable. Enseñaron a los reos diversos pasatiempos y comercios y así consiguieron utilidad para la nación y respeto para sí mismos.

## LAS CLASES SOCIALES

Una de las frases que Payno repetía varias veces y con muchos matices era esta vieja regla de la vida de España que dividió a la gente en distintas clases. Puesto que México está tan lejos de la Madre Patria conservaba parte de sus costumbres feudales. A todas luces es injusto que el hombre sea juzgado por la calidad social de la familia en que nació y no por sus condiciones personales. Payno hizo estas digresiones en su novela:

"Esta (la sociedad) nos impone deberes a los que por fuerza tenemos que sujetarnos, pero no las clases y educación de las gentes (como en las de España), hay todavía más diferencia y matices que las que los químicos han establecido en colores. Si pudiéramos sacudir las preocupaciones de nacimiento, de raza, de fortuna, de categorías, qué felices fuéramos". (1).

Estas preocupaciones de clase eran más lastimosas en cuanto a los asuntos del corazón porque eran inmutables. De la boca del Licenciado Lamparilla vino este lamento: "La sociedad quiere que los casamientos sean iguales. No soy noble y sin embargo no puedo casarme con Cecilia porque al día siguiente mis condiscípulos del colegio se burlarían de mí... Cecilia vale más que yo, tiene más que yo... pero si me casara, me perdería para siempre ante la sociedad". (2). Sin embargo de eso, con el deseo y el tiempo, olvidó su propio consejo, se casó y pasó dos años en luna de miel antes de notar la falta de modales, instrucción y dulzura de una señorita educada en los colegios. Se arrepintió reflexionando que quizá hubiera podido casarse con una hermana del Marqués de Valle Alegre, o tener un sillón en el congreso. Se dió a la bebida y al juego y solamente para sacarle dinero para saciar sus dos vicios, disimulaba su odio y desprecio hacia su buena esposa. (3).

Relumbrón se aprovechó de su casamiento porque era él un hombre misterioso sin padres conocidos, y para establecerse sólidamente en la sociedad necesitaba de una familia. Doña Severa tenía dinero, una reputación sin tacha y ningún pariente. Era una ganga. Sin embargo, el Marqués de Valle Alegre, cuando quería casarse

con la hija Amparo, recordó al padre como el único defecto de tal matrimonio. (4).

Pese a la indignidad de Relumbrón, todavía estaba el conde dispuesto a casarse con ella, pero Amparo sabía que casarse sería hacerle infeliz por el resto de la vida, puesto que ella ya tenía su plan de fingir una muerte civil, cambiar su nombre o viajar por otros países hasta que olvidara la gente el crimen de su padre. Resultó de esto que el marqués se remontó a las nieves de Suiza y se hizo monje en el convento de San Bernardo. ¿Y Amparo?... era joven y la vida es larga. Casó en secreto con don Carloto y vivían retirados en una hacienda, tan felices como se pueda serlo en esta tierra de lágrimas, donde no hay dicha completa. (5).

Hasta el honrado juez, don Pedro Martín, pensaba en casarse con una pobre, Casilda. La protegió, la mandó al convento de San Bernardo para que aprendiera las maneras de las nobles y de veras la quería, pero la muerte decidió el caso del juez y acabó con sus deseos de casarse y gozar las dichas de una familia en su vejez.

Y con estos antecedentes podemos imaginar lo que pasó con la condesita Mariana que se enamoró de uno que no era de su clase noble, un capitán, hijo del administrador de la hacienda de su padre. Triste, cansada de la vida, escribió a Juan a quien consideraba como su esposo: 'Maldita mi vida. La necesidad de engañar no sólo a mi padre sino a los criados, a los parientes, a todo el mundo... y todo porque no hemos nacido iguales. ¿Qué igualdad es esa? Menos blanco que yo, es la única diferencia. ¿Sangre azul? la mía y la tuya son encarnadas. (6). La ironía de la vida hizo que en una hacienda de bellísimos campos sólo fueran felices los peones humildes.

Este romance, claro, fué prohibido por el conde y el novio mandado a la frontera con la amenaza de ser fusilado si volvía. No había otra salida que no fuera la muerte del conde, tuvo ésta que suceder para que el final del cuento fuera: "...Y se casaron y vivieron felices por toda la vida", después de encontrar a su hijo perdido años antes.

Era deseo del conde del Saúz, que su hija se casara con su primo, el marqués del Valle Alegre, para que sus nombres, sus títulos y sus riquezas se quedaran unidos como en el tiempo de sus abuelos, y esto nos hace recordar cómo lo practicaban las casas reales de España. El Marqués lo aceptó, no por amor, sino por comodidad, agradeciendo que él había sido escogido en vez del pretendiente minero rico, descendiente de reyes godos y con pruebas de serlo. (7).

Notamos que los de clase humilde tenían gran respeto para los más afortunados. Don Remigio, al oír al conde invitarle a sentarse a su mesa hizo una reverencia respetuosa y dijo: "Sentarse en la mesa a su lado y en frente de la señora condesita. ¿Tanto honor? Estoy aquí para servir".

En cambio, es claro que los hacendados no tenían igual consi-

deración de sus asalariados. Cecilia, recibió carta de un novio que decía así: "Ven a la hacienda como cocinera para evitar el escándalo; arreglaremos lo que tú quieras y viviremos juntos eternamente. Para mayor seguridad haré que el capellán diga misa todos los días en la capilla y la oiremos juntos de rodillas". La contestación fué: "Estos niños de ricos, de casas que se dicen nobles, se figuran que pueden disponer de los pobres con sólo guiñarles el ojo". (9).

El conde era más afortunado porque en cada rancho, en cada pueblecito de los que rodeaban la finca, tenía una favorita que creía recibir mucho honor con las visitas del señor Conde. Con el poder de su dinero y de su posición arrebató a Catarina. Esta prefería tal situación en vez del matrimonio honorable con el doctor que la quería y la respetaba. (10).

Vemos pues que Payno había pasado páginas y capítulos poniendo frente a los ojos de la sociedad el espejo de la crítica para que se reflejara en ella en sus más variadas manifestaciones. Payno mismo conoció la imposibilidad de casarse fuera de su clase social. Fidel en sus **Memorias de mis tiempos** describe un amorío que tenía Payno con una zapaterita diciendo: "Como donde menos se piensa salta la liebre y en el mejor paño cae la mancha". Pero se enamoró al verla y empleó obsequios, instancias, arrebatos y arrullos para conquistarla. La zapaterita resistió, rehusó, luchó pero aceptó por fin y tal enlace tuvo fin lloroso, pero correcto, con la ayuda de un amigo. (11).

En otra ocasión de la vida real, vemos que las razas no tenían gran importancia. José de Jesús Núñez y Domínguez en su introducción a **Astucia**, refiriéndose a la madre de Inclán escribió: esta dama era oriunda del sur de la República y mulata. Nada tuvo de extraño que el señor Inclán, criollo, contrajera matrimonio con ella puesto que después de consumada la Independencia, podía uno enlazarse libremente con mujeres de color. (12).

Pese a esta circunstancia en la vida misma de Inclán él hace esta distinción de clases en **Astucia**: En todas las facciones y maneras de doña Josefina se notaba la gran distancia que mediaba entre la clase de ella y la de don Polo. Era ella persona de buenos principios y de noble descendencia. (13).

Otro ejemplo: hallamos que Camila temía que no sería aceptada por el señor Garduño que tenía sus pequeños intereses y deseaba para su hijo una mujer rica, elegante, una buena moza, con quien su hijo fuese bien colocado. (14).

Por lo general, gracias a Dios, para los charros y los rancheros bastaba el ser de familia honrada y la honradez es algo que cualquier persona puede poseer sin dinero. Esta honradez sirvió bien a Astucia cuando el prefecto le halló herido: "A un hombre de bien no se cuelga ni se infama de ese modo". (15).

Las dos veces que se enamoró Astucia fué de muchachas de la clase elevada. La primera la dió a otro pretendiente porque era dig-

na de mejor suerte, capaz de ocupar un lugar en la sociedad en escala más alta que casarse con un pobre arriero. Mucho la quería para hacerla descender de su propio nivel o estorbar que siguiera elevándose hasta donde jamás podría él encumbrarla. (16).

La segunda era de una de las mejores familias de México. Lo quería tanto que lo siguió, desdeñando las opiniones del público, escuchando su propio corazón y así halló su dicha.

Altamirano habló poco de las diferencias de clase. Podemos notar su sentimiento de la injusticia contra el indio, como en tantas de su obras, pero en **El Zarco** sus únicas palabras a este respecto son: "Cuando se comete un robo de consideración o se asalta a personas distinguidas se hace escándalo. Las autoridades hacen ruido una semana o dos y todo acaba allí. Entretanto, nadie hace caso de los robos, de los asaltos, de los asesinatos que se cometen diariamente en todo el rumbo porque las víctimas son infelices que no tienen nombre, ni nadie que llame la atención. (17).

- 
- (1) Payno, *Los bandidos de Río Frío*, citado, tomo I, pp. 239, 81; tomo II, pp. 298-99.
  - (2) *Ibid*, t. I, p. 239.
  - (3) *Ibid*, t. II, pp. 435-36.
  - (4) *Ibid*, t. II, pp. 182, 304.
  - (5) *Ibid*, t. II, p. 431, 438.
  - (6) *Ibid*, t. I, pp. 41, 299.
  - (7) *Ibid*, pp. 36, 187.
  - (8) *Ibid*, t. II, p. 289.
  - (9) *Ibid*, t. I, pp. 243-44.
  - (10) *Ibid*, t. II, pp. 287, 300.
  - (11) Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, citado, t. II, pp. 107, 109.
  - (12) Núñez y Domínguez, José de, introducción de *Astucia*, citado, p. XII.
  - (13) Inclán, *Astucia*, citado, t. I, p. 325.
  - (14) *Ibid*, t. I, p. 449.
  - (15) *Ibid*, t. II, p. 288.
  - (16) *Ibid*, t. I, pp. 125, 152.
  - (17) Altamirano, *El Zarco*, citado, p. 27.

**CAPITULO VIII.**

**Sus Nietas, Las Novelas Sociales de Hoy.**

Hay libros que, en vez de instruir, destruyen los mejores pensamientos y la belleza del alma con el crudo realismo. Otros hay que presentan las condiciones sociales con realismo, no siempre para juzgarlas y condenarlas, sino con la esperanza de enseñarnos y para divertirnos o mejorarnos. En este sentido no deja el realismo de ser digno de alabanza.

El objeto de estas tres novelas ha sido el siguiente: divertirnos, mejorarnos y preservar la vida de una época lejana, para las generaciones futuras, porque el hoy a cualquiera parece moderno pero se olvida con el mañana.

Luis Castillo Ledón escribió: "La novela mexicana ha revestido todas las formas: ha sido narrada, biográfica, idealista, mística, épica, histórica, romántica, humorística, realista y hasta naturalista, pero lo curioso es que nació siendo realista, que siempre ha tendido a serlo y que hoy lo es plenamente porque así tiene que ser". (1).

Así vemos que Payno, Inclán y Altamirano dejaron obras que hoy son la base de los libros sociales. México es rico campo para la literatura como es rico también para el agricultor y para el industrial.

Hasta recientemente sus guerras civiles y condiciones económicas sacaron a luz a tantos varones insignes ya tantos monstruos, material para muchos argumentos y un juguete poderoso para el desarrollo de la imaginación. Hubo notables acciones todos los días y crímenes recogidos por la historia y aumentados por la leyenda: Siempre son más fuertes las impresiones cuando se engendran con el susto del peligro, o de la crueldad, de la fuerza, del robo o de la pasión.

Como estas novelas que reflejan los problemas y la historia del siglo XIX, así lo hicieron estas nietas de las primeras novelas costumbristas, reflejando los problemas del siglo XX, sacando de su historia personajes de la vida real y haciendo los argumentos de los temores, de las inquietudes, etc. Las primeras novelas fueron para enseñar, "Así somos en México" (palabras de Altamirano). Los del siglo XX; eran para afirmar: "México para los mexicanos" con el grito: "La libertad y el poder ante todo" (Sentidos que dejan en la

mente las novelas de la Revolución). La novela moderna ha asentado firmemente los pies en la tierra, se ha vuelto realista. En la novela de este tipo el autor da su expresión más cabal del realismo redondeado con todos los pormenores necesarios

Con Porfirio Díaz llegó una paz prolongada y la literatura mexicana alcanzó un gran florecimiento. Por primera vez la novela fué un producto abundante, que abrazó los aspectos costumbristas, histórico social y político.

Hemos considerado que la novela como lectura del pueblo es de gran importancia por la influencia que tiene y tendrá en la educación de las masas. Abre el camino a las clases pobres para que lleguen a otras plazas y puedan alcanzar otros estudios más dichosos como la canción popular, en cuanto a lo ameno, el periodismo y la oratoria para su cultura. Es un vínculo de unión y de conocimiento. El estilo que usaran Payno e Inclán, provistos de un sinnúmero de argumentos, abandonando unos para hilar otros hasta que todos al fin se encuentran y se completa la novela, es aún muy popular en la literatura americana de hoy día. Citaremos algunos ejemplos: **El mundo es ancho y ajeno** por Ciro Alegría, **Neustro pan diario** por Enrique Gil Gilbert; **Crossroads** por E. Verissimo y **la Vorágine** por José Eustacio Rivera. También en cuanto a los temas, se puede hacer notar que la novela realista de hoy presenta los mismos asuntos mencionados antes en las novelas de costumbres de Payno, Inclán y Altamirano. Por la novela llegan al pueblo sus problemas y se unifica de esta manera el sentimiento patriótico. La voz y el grito de la humanidad que nace, dan forma y razón a la novela.

Una novela moderna titulada en inglés **Someday the Dream** por Magdalena Mondragón Aguirre, es un estudio de la gente que vive en la viña. Pinta sus miserias, su fango, su ambiente tenebroso y su lucha por la vida, aún más dura para ellos que para las demás. **The Peacock Sheds his Tail** por Alice T. Hobart, desarrolla más completa el esfuerzo por conquistar el gran sentido de las clases sociales. **Heart of Jade** por S. de Madariaga describe la grandeza del pasado y las costumbres de los indios. **Mala Yerba** de Azuela nos describe las fiestas de los rancheros con sus corridas, peleas de gallo, lazo, etc. También en **Los de abajo**, desarrolla la vida de los humildes que sin herencia ni fortuna buscan en la revolución y en los asaltos de cuadrillas una manera de sostener la vida hasta que llegue la muerte o la paz. Azuela siempre escribe contra la miseria, el vicio, la ignorancia y el crimen. En **Diligencia**, por don José López Portillo y Rojas, hay una descripción muy graciosa de asaltos hechos por bandidos verdaderos o supuestos. **El Fracaso de la Revolución**, de López y Fuentes, condena a los bandidos. Su **Tierra** también trata de la lucha de clases.

**El Zarco** parece ser la inspiración de **Aguila o Sol** de Heriberto Frías que trata de las mujeres de mucha edad y poca belleza que

esperaban ser robadas por los apuestos plateados que rodeaban su vecindad.

**Arrieros** de López y Fuentes, es la vida de un actividad que pronto será desplazada de la civilización. Son gente brava y atrevida que desciende directamente de aquellos famosos **Hermanos de la Hoja** que campean su heroísmo y fraternidad en las páginas inolvidables de **Astucia** de Inclán. (2).

**Apuntes de un lugareño**, por José Rubén Romero, fué escrita en Barcelona, con la nostalgia de sentirse lejos de su rancho de Tacámbaro. José Rubén Romero presenta, como Inclán, a sus campesinos que hablan a las ineptitudes de los políticos, de las pasioncillas de los pueblos, etc., forjando así la novela.

También con influencia de Inclán, **La Luciérnaga** de Azuela compara los vicios de la ciudad con la tranquilidad del campo.

En el sentido realista presentando los problemas sociales, México, aun a los ojos de los españoles mismos ha logrado superar la literatura de la Madre Patria, mientras que le ha sido imposible vencerla en otros aspectos literarios.

(1) Altamirano Castillo Ledón, Luis. "La Novela Mexicana", en **El Diario**, octubre 28 de 1907, p. 6.

(2) Herrera Frimont, Celestino. "La Arriería en la Novela Mexicana", en **Letras de México**, número 12, 1o. de agosto de 1937, p. 7.

### La propaganda: El Charro Bandido.

"La literatura tendrá hoy una misión patriótica del más alto interés y justamente es época de acerse útil cumpliendo con ella. Nuestra última guerra ha atraído sobre nosotros las miradas del mundo civilizado. Se desea conocer a este pueblo singular que tantas y tan codiciadas riquezas encierra, que no ha podido ser conquistado por las fuerzas europeas, que viviendo en medio de constantes agitaciones no ha perdido ni su vigor ni su fé. Se quiere conocer su historia, sus costumbres públicas, su vida íntima, sus virtudes y sus vicios, y por ello se devora todo cuanto extranjeros ignorantes y apasionados cuentan en Europa, disfrazando sus mentiras con el ropaje seductor de la leyenda y de las impresiones del viaje. Corremos el peligro de que se nos crea tal como se nos pinta, si nosotros no tomamos el pincel y decimos al mundo: "Así somos en México". (1).

Estas son las palabras de don Ignacio Altamirano, dichas con gran verdad.

Ha llegado un sinnúmero de turistas para conocer este México pintoresco, que investiga su historia, su folklore, sus leyendas, que admiran su riqueza, que compran en sus mercados y en sus grandes comercios. Han invadido los campos y los parques con sus cámaras. Han regresado a sus propios pueblos a proyectar sus rollos de películas. Eso no es un deseo de comparar dos países; es el placer de hallar una belleza distinta, de tener un recuerdo pintoresco y agradable para revivir su visita a este país de eterna primavera, como lo hizo Payno por su memoria.

Con los recuerdos de sus viajes unos escriben sus diarios, y los de mayor egoísmo o talento escriben un estudio sobre cierta materia o sus impresiones de viaje para hacer el público pensar y sentir lo mismo que ellos.

Sus retratos y sus descripciones de los charros, ya sean los domingueros de Chapultepec o los de las haciendas de todos los días,

son los más interesantes y más animados entre los muchos que coleccionan. Es lo ideal, lo más romántico, también lo más movido.

El mundo tiene fijos sus ojos en México como una de las naciones más prontas a desarrollarse, a industrializarse, a modernizarse; quiere conocerlo. Así que los novelistas escriben exagerando esa tierra y sus caracteres para que tengan mejor éxito sus novelas aquí y en los países extranjeros.

El cine tanto de México como los Estados Unidos ha utilizado lo folklórico de aquí: sus bailes, su música y sus trajes nacionales tan originales y llamativos como son los del charro y de la china poblana. En busca de novedades, el cine ha revelado al mundo la revolución mexicana en lo pintoresco y en lo trágico. Sus películas de tema nacional siempre dan un papel importantísimo al charro, un charro medio picaresco, medio bandido.

Eso es lo que dieron Payno, Inclán y Altamirano a México: la exposición del tipo del bandido, pero también de las costumbres y de importantes aspectos de la historia. Hay el que lucha por el bien de la gente como Astucia o en contra de ella como el Zarco. El bandido es un hombre vivo, fuerte, picaresco, el hombre romántico del mundo actual en el que quedan ya tan pocas figuras llamativas.

Eduardo E. Zárate lamentó en **México en el Extranjero**, "la profunda ignorancia que fuera de nuestro país se tiene acerca de él... y no sólo son deformadas las tradiciones por el vulgo ni por los pueblos lejanos que participan en esa ignorancia". (2).

Del concepto que un escritor americano tenía de México, hecho de lo folklórico, de los cines, de los libros de aventura estilo Zane Gray, y los cuentos que llegaron a sus oídos, he aquí lo siguiente:

México es un territorio bastante grande que existe al Sur, lleno de montañas y nopales, de bandas de ladrones y bandidos llamados "mantecosos" que se distraen degollándose unos a otros y que corren frente al enemigo". (3).

Este concepto, claro, es tan falso como la opinión que los de Nueva York tienen de Texas, su tierra de romance. Todavía creen que es tierra de vaqueros y charreadas, cuando en realidad es tan moderna e industrial como la que más. Todos estos conceptos ya van cambiando, gracias al tiempo, a los viajes, al radio, y a la comprensión mutua. Sea como fuere nos dan una idea del interés que ofrece un país desconocido, un país de acción, de fantasía y nos llena de atractivo para ser conocido mejor. Es un producto de **El Zarco**, de **Astucia**, y de **Los bandidos de Río Frío** que hicieron popular al charro y dieron al mundo la propaganda del bandido, aunque esto haya hecho falso el concepto del charro actual. Al-

gunas veces los resultados de ese criterio, como hemos visto, han puesto en riesgo el orgullo nacional al ser juzgado el charro por el mundo crítico.

Sabemos que México ha tenido una historia dramática, que ha sido empleada como fondo de muchas novelas. Pero México no es ya un pueblo en revolución, dominado por bandoleros. Es una nación guiada por una conciencia histórica. Sus ciudadanos deben tener el orgullo de sus antepasados, de la tierra que los crió y de sus pensadores y líderes importantes que modelaron una patria establecida ahora como una de las más importantes y progresistas del mundo, esperanza del futuro y apoyo de muchos.

---

(1) Altamirano, Ignacio M., *Revista literaria*, México, 1868, p. 367.

(2) Zárate, Eduardo E., "México en el Extranjero", en *La Republicana*, vol. VII, número 47, 7 de mayo de 1883, p. 1.

(3) *Life*, N. Y., Nov 3. 1915.

**BIBLIOGRAFIA**

- Alegria, Cero, **El mundo es ancho y ajeno**, Ercilla, Chile, 1941, pp. 508.
- Altamirano, Ignacio M., **Clemencia**, México, 1868.
- Altamirano, Ignacio M., **La Navidad en las Montañas**, Porrúa, México, 1943, pp. 155.
- Altamirano, Ignacio M., **El Zarco**, con prólogo por Francisco Sosa, colección Austral, B. A., 3ª. edición, 1945, pp. 158.
- Altamirano, Ignacio M., y Luis G. Ortiz, en **El Renacimiento**, México, 1894, pp. 343, 344.
- Altamirano, Ignacio M., **Aires de México**, selección y prólogo de Antonio Acevedo Escobedo, Ed. Univ. Nac'l., México, 1940, pp. 176.
- Altamirano, Ignacio M., **Tres Novelas Cortas**, selecciones y páginas preliminares de Carlos González Peña, Biblioteca Enciclopédica Popular No. 22, México, 1944, pp. 87.
- Altamirano, Ignacio M., **Introducción en El Renacimiento**, periódico literario, México, 1869, tomo I, pp. 3-8.
- Amador, Elías, **Noticias Biográficas de Insurgentes Apodados**, Biblioteca Enciclopédica Popular, No. 125, México, pp. 96.
- Alamán, Lucas, **Historia de México**, Publicaciones Herrería, México, 2ª. edición, 1938, tomo V, pp. 400-470.
- Azuela, Mariano, **Mala Yerba**, con prólogo de J. M. González de Mendoza, 3ª. edición, Botas, México, 1937.
- Araquistáin, Luis, **La Revolución Mexicana**, Ulam, Santiago, Chile, sin fecha, pp. 74.
- Amado, Jorge, **The Violent Land**, trad. por Samuel Pietman, Knopf, N. Y., 1945, pp. 333.
- Beteta, Ramón, **The Mexican Revolution, a Defense**, Dapp, México, 1937, pp. 86.
- Benítez, Fernando, "Muerte de Ignacio Manuel Altamirano", en **El Nacional**, 13 de febrero de 1938, segunda sección, pp. 1, 4.
- Betton, Beverly, **Temas Sociales de Novela Revolucionaria Mexicana**, tesis, México, 1946, pp. 102.
- Bright, Robert, **The life and Death of Little Joe**, Doubleday Doran, N. Y., 1944, pp. 216.

- Calderón de la Barca, Marquesa de, **La Vida en México**, prólogo y selección de Antonio Acevedo Escobedo, Biblioteca Enciclopédica Popular, No. 14, México, 1944, pp. 94.
- Castillo Ledón, Luis, "La Novela Mexicana", en **El Diario**, 28 de octubre de 1907, México, p. 6.
- Cuéllar, José Tomás de, **Estampas del Siglo XIX**, Biblioteca Enciclopédica Popular, No. 17, México, 1944, pp. 90.
- Cuéllar, José Tomás de, "La Literatura Mexicana", en **El Artista**, revista mensual, Díaz de León y White, México, 1875, tomo III, pp. 209-214.
- Cerda Silva, Roberto de la, **Breve Historia de México**, **El Nacional**, México, 1944, pp. 305.
- Campos, Rubén M., **El Folklore Literario de México**, Talleres Gráficos, México, 1929, pp. 684.
- Chilberg, Oscar H., **La Prensa Insurgente**, tesis, Univ. de México, 1941, pp. 112.
- Fastenrath, Juan, "Desarrollo de la Literatura Mexicana" en **El Nacional**, año II, No. 98, 22 de febrero, 1881, pp. 1, 2.
- Ferry, Gabriel, **Escenas de la Vida Mexicana en 1825**, Biblioteca Enciclopédica Popular, No. 75, México, 1945, pp. 94.
- García, Rafael, **Estudio sobre la Obra Novelesca del Sr. Lic. José López Portillo Rojas**, tesis, México, 1936, pp. 72.
- García Cubas, Antonio, **El Libro de mis Recuerdos**, Biblioteca Enciclopédica Popular, No. 93, México, 1946, pp. 94.
- Gómez, A. Ermilo, **Novela**, en **Letras en México**, Número 1, 1937, 5 de enero, p. 3.
- González Obregón, Luis, "Apuntes para la Historia del Periodismo en México", en **Revista Nacional de Letras y Ciencias**, México, tomo I, pp. 322-327.
- González Peña, Carlos, Páginas preliminares de Luis G. Urbina, Biblioteca Enciclopedia Popular, No. 97, México, 1946, pp. 9.
- González Peña, Carlos, **History of Mexican Literature**, trans. by Nance -Dustan, Univ. Press, Dallas, 1945, pp. 384.
- González Peña, Carlos, "Historia del Zarco", en **El Universal**, 10 de enero de 1926.
- Gruening, Ernest, **México and its Heritage**, Century, N. Y., 1928, pp. 664.
- Herrera Frimont, Celestino, **La Vida Múltiple de Santa Anna**, en **Letras en México**, No. 12, 10 de agosto de 1837, p. 2.
- Herrera, Frimont Celestino, "La Arriería en la Novela" en **Letras en México**, No. 12, 10 de agosto de 1937, p. 7.
- Hidalgo, Miguel A., **El Estado de Hidalgo, de su Historia, y de sus Leyendas**, Pachuca, Hgo., 1926, pp. 171.
- Herring-Weinstock, **Renascent Mexico**, Covici-Friede, N. Y., 1935, pp. 318.
- Inclán, Luis G., **Astucia**, Hispano Mexicana, México, 1945, tomo I,

- 547, pp. tomo II, 549. pp.
- Inclán, Luis G., **Astucia, A través de tres personajes de la novela**, Selección e introducción de José de J. Núñez y Domínguez, Universidad de México, 1945, pp. X-XLV; 1-166.
- Inclán, Luis G., **Astucia**, versión teatral en tres actos de Salvador Novo, presentado en el Palacio de Bellas Artes en el mes de agosto de 1948.
- Inman, Samuel Guy, **Problems in Pan Americanism**, Doran, N.Y., 1921, pp. 401.
- Isaacs, Jorge, **María**, Pitcher-Stephens, MacMillan, N. Y., 1923, pp. 197.
- Jiménez Rueda, Julio, **Historia de la literatura Mexicana**, 4a. edición, Botas, México, 1946, pp. 325.
- Justo Sierra, "México social y Político", en **Revista Nacional de Letras y Ciencias**, tomo I, pp. 328-336.
- Justo Sierra, "Informe sobre los Trabajos del Primer Congreso Nacional de Instrucción", en **Revista Nacional**, tomo III, pp. 385-397.
- Kingsley, Mimi, B., **Estudio Costumbrista de la Obra de Facundo**, tesis, Univ. Nat'l. México, 1944, pp. 88.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín, Biblioteca Enciclopédica Popular, No. 52, México, 1945, pp. 94.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín, **El Periquillo Sarniento**, Barcelona, Sopena, 1908, pp.
- Leek, F. E., **Hidalgo, Padre de la Independencia Mexicana**, tesis, México, 1940, pp. 129.
- Lozada, Rodolfo, **Mi versión de "Algunas Tendencias de la Novela Corta Mexicana"** por Dorothy Kress en **Letras de México**, No. 20, 1o. de diciembre de 1937, pp. 1, 2.
- Monterde, Francisco, **Novelistas Hispanoamericanos**, Ediciones, S. de R. L., México, 1943, pp. 174.
- Monterde, Francisco, **Algunas Novelistas Mexicanas**, Imp. de la Secretaría de Relaciones, México, 1926, pp. 9.
- Monterde, Francisco, Prólogo y selección del **Nigromante**, Ignacio Ramírez, Biblioteca Enciclopédica Popular, No. 11, México, 1944.
- Monterde, Francisco, Prólogo y selección de Payno, **Artículos y Narraciones**, Universidad Nacional, 1945, pp. V-XXX.
- Moore, David R., **A History of Latin America**, Prentice Hall, 4a. ed. 1941, pp. 780.
- Ortiz Rubio, P. **La Revolución de 1910**, con prólogo de S. R. González, México, pp. 20.
- Obregón, Luis González, "Ignacio M. Altamirano" en **El Renacimiento**, México, 1894, 11 de febrero de 1894, pp. 81, 82.
- Obregón, Luis González, "Apuntes para la Historia del Periodismo en México", **Revista Nacional de letras y ciencias**, tomo I, pp. 322-327.

- Obregón, Luis González, "Documento de la Historia de México", en **Revista Nacional de letras y ciencias**, tomo III, pp. 201-236.
- Oviedo Villegas, Jesús J., **Un Siglo de Novela Mejicana**, tesis, 1934, México, pp. 136.
- Payno, Manuel, **Los bandidos de Río Frío**, ediciones México Moderno, México, 1919, tomo I, pp. 312, tomo II, pp. 448.
- Payno Manuel, **Sus Obras**, en Biblioteca de Autores Mexicanos, tomo I, **Novelas Cortas**, Imp. de V. Agüeros, México, 1901, pp. 540.
- Payno, Manuel, **Artículos y Narraciones**, con selección y Prólogo de Francisco Monterde, Univ. Nacional, 1945, México, pp. V-XXX, 1-182.
- Pimentel, Francisco, "Literatura Mexicana" en **Revista Nacional**, tomo III, pp. 75-108.
- Pimentel, Francisco, **Novelistas y Oradores**, en **Obras Completas**, México, 1904, pp. 259-508.
- Prieto, Guillermo, **Memorias de mis tiempos**, Bouret, México, 1906, tomo I, pp. 376, tomo II, pp. 442.
- Read, John Lloyd, **The Mexican Historical Novel**, Instituto de las Españas en los EE.UU., N. Y., 1939, pp. 319.
- Revilla, D., "Independencia, por él mismo", en **El Liceo Mexicana**, tomo I, Lara, México, 1844, pp. 177-179.
- Robies, José E. Santana, **Causas de la Independencia de México y de América española en general**, tesis, México, 1932, pp. 117.
- Rojas González, Francisco **La Negra Angustias**, EDIAPSA, México, 1944, pp. 228.
- Ruesaga, Pedro Gómez, "Rumbo de la Novela Mexicana", en **Letras en México**, No. 6, 16 de abril de 1937, p. 2.
- Sapp, Marian Jennings, **Los temas Morales y Sociales de la "Linterna Mágica"**, tesis, Univ. de México, 1944, pp.
- Solórzano, Carlos, **Espejo de Novelas**, tesis, Univ. de México, 1945, pp. 126.
- Sosa, Francisco, "El Himno Nacional Mexicano", en **Revista Nacional de letras y ciencias**, tomo I, pp. 69-73.
- Spell, Jefferson Rea, **Contemporary Spanish American Fiction**, Univ. Press, Chapel, Hill, 1944, pp. 3-15; 64-101; 269-287.
- Torres-Rioseco, Arturo, **La Novela en la América Hispana**, Univ. of Calif. Press, Berkeley, 1939, pp. 244.
- Torres-Rioseco, Arturo, **Bibliografía de lo Novela Mexicana**, Harvard Press, 1941, tomo I, pp. 1-40.
- Villnave, Yolanda, selección y prólogo de **Los Mexicanos pintados por sí mismos**, Biblioteca Enciclopédica Popular, México, No. 157, 1947, pp. 95.
- Welyl, Nathanel y Sylvia, **The Reconquest of Mexico**, Oxford Press, N. Y., 1939, pp. 384.

**Homenaje a Ignacio M. Altamirano, conferencias, estudios y bibliografía, México, Imprenta Universitaria, 1935, pp. 206.**